
AVENTURAS DE
Jim
TEXAS
LA CARRERA
DE LA MUERTE
por FIDEL PRADO
3
PTAS

AVENTURAS DE JIM TEXAS 6 — LA CARRERA DE LA MUERTE

Aventuras de JIM TEXAS

por

FIDEL PRADO



IMPRESO EN
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



Capítulo I

Vera acepta una proposición humillante



A huida de Zenker y Vera acosados por Jim Texas y el *sheriff* de Sites, fue algo dramático y agobiador. El duro y salvaje secretario, dando pruebas de un dominio de nervios muy a tono con las circunstancias, no se consideró vencido y puso a contribución toda su resistencia y astucia antes de caer en manos de sus perseguidores. Cuando alcanzó los alrededores de Ukiah, tomó una decisión. Dio libertad al conductor del calesín para que huyese por su cuenta y dejando bien escondido el carruaje en un bosque de los alrededores, desenganchó los caballos y dando orden a Vera de montar en uno, él lo hizo con el otro, internándose por un terreno áspero por el que solamente los caballos podían caminar.

Su idea era despistar a sus enemigos. Mientras estos buscasen la pista del calesín y consiguiesen localizarle, no se lanzarían a meterse por terreno donde un carruaje fuese incapaz de rodar y esto les daría un respiro para distanciarse de ellos.

Su estratagema tuvo éxito. Jim y el *sheriff* despistados, consiguieron localizar al calesín, pero ya ellos más descansados, habían conseguido llegar a Gloverdale, un poblado a veinticinco millas más abajo, por el que pasaba un ramal de ferrocarril que conducía a Santa Rosa.

Dejaron abandonados los caballos y consiguieron tomar el primer tren descendente hasta la citada localidad, pero la idea de Zenker no era continuar la huida lógicamente hacia el Sur. Prefería volver sobre sus pasos para acercarse más a su terrible enemigo, seguro de que éste no sospecharía su audacia.

Así, al llegar a Santa Rosa, tomaron asiento en un tren que se dirigía a Sacramento y allí, sin perder minuto, otro que subiendo hacia el Norte les condujo a Reno.

Solamente cuando se vio en la capital fronteriza de California con Nevada, se consideró bastante seguro. Llevaban dos días y medio de continuado rodar por trenes sin casi pegar un ojo y necesitaban un prolongado descanso.

Vera no había vuelto a desplegar los labios ni a hacer insinuación alguna. Dejaba a Zenker la dirección del asunto y su mente sólo se hallaba embargada en pensar en su padre por cuya suerte lo temía todo.

Cuando desembarcaron en Reno, Zenker dijo:

—Creo que ahora podemos descansar antes de tomar iniciativa alguna. Texas, jamás podrá sospechar que nos hemos colocado a su espalda y que nos encontramos de nuevo casi frente a sus posesiones. La audacia sirve muchas veces para desconcertar a los audaces.

Se dirigieron a un modesto hotel de la periferia del poblado. Zenker pensaba pasarse durmiendo veinticuatro horas para desquitarse de las vigilias y fatigas sufridas. El secretario solicitó dos habitaciones contiguas y cuando cruzaban el vestíbulo para subir al piso, se envaró. En el mostrador del bar, acababa de descubrir a alguien cuyo encuentro le había sugerido de pronto algo grande y endemoniado.

Dando a Vera en un brazo, dijo:

—Ocúpese de nuestro pobre equipaje y espéreme en su habitación. Veo allí a alguien que nos puede ser muy útil y voy a hablar con él.

La joven intrigada, echó un vistazo al bar pero como en él había bastante gente, no acertó a fijar su atención en determinada persona.

Obedeció maquinalmente la orden de Zenker y ascendió al piso, mientras el secretario penetraba decidido en el bar, dispuesto a llevar adelante sus planes.

Una hora más tarde, se presentaba cansado en la habitación de Vera. A pesar de la palidez de su semblante, se le observaba satisfecho y contento.

Ella, anhelante, preguntó:

—¿Buenas noticias?

—Ya hablaremos de eso, Vera. Ahora lo interesante es dormir y recuperar fuerzas. Yo estoy que no aguanto un minuto más en pie.

Ella comprendió que no tenía ganas de hablar y con acento frío, preguntó:

— Bien, ¿cuáles son sus órdenes?

—órdenes ninguna. Yo voy a dormir hasta que reviente y si usted cree que debe hacer igual, le convendrá. Mañana cuando hayamos descansado, quizá podamos trazar planes.

Vera se encogió de hombros y nada dijo. Zenker salió de la habitación con una horrible sonrisa de triunfo en los labios y se dirigió a su departamento, apresurándose a introducirse en el lecho, donde a los pocos minutos quedó profundamente dormido.

Era mediada la tarde, cuando se acostó y hasta el siguiente día a las doce, no volvió a la realidad de la vida. Se vistió rápidamente, bajó al bar donde buscó al individuo con quién hablara la tarde anterior y después de una larga conferencia, se decidió a visitar a Vera.

Ella había dormido de manera muy agitada. Sus preocupaciones eran más hondas que las de Zenker. No era sólo su propia seguridad sino la vida de su padre la que estaba en juego y era natural que se sintiese dominada por una mayor angustia.

Llevaba más de tres horas levantada y entregada a cálculos y posibilidades que no le eran posible resolver, cuando su odioso aliado llamó a la puerta. Ella le abrió ansiosamente exclamando:

—¡Por Dios! Creí que no llegaba usted nunca.

— ¿Tan necesario le soy que me echa usted tanto de menos?

Ella se mordió los labios replicando:

—Cuando menos, necesito aclarar el panorama para saber cuál ha de ser mi rumbo futuro.

—¡Oh claro, es natural! Las cosas han variado mucho en unas cuantas horas, bueno es tenerlo presente.

—Yo lo tengo presente todo. Por eso necesito saber cuáles son sus planes.

—Los míos personales, los tengo ya trazados. En cuanto a los de usted, de usted dependen.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, que las circunstancias son las mismas pero al revés. Ahora, no soy yo quien obedece sino quien manda. Esto es duro para quien ha estado acostumbrada a mandar y como pudiera ser que eso no le interesase, por esto se lo advierto.

—Ya me lo dijo el otro día. ¿Qué voy a ganar con el cambio?

—No lo sé, no soy adivino. Cuando menos, no verse reducida a sus pobres y escasas fuerzas.

—No juzgue de mis fuerzas por adelantado. Usted no las ha puesto aun plenamente a prueba.

—Bien, bien, en ese caso… quizá le convenga que nos separemos y cada cual maniobre por su lado.

—No, no me interesa por una razón. Usted ha trabajado con mi padre y ha sacado pingües beneficios. Sea agradecido y haga por él lo que él ha tratado de hacer por usted en idéntico caso. Después… puede separarse.

—¿Qué quiere usted que haga por él?

—Ayudarme a salvarle.

—¿Sabe usted si eso será ya posible?

—No, pero lo primero que hay que hacer es averiguarlo. Si está en manos de Jim, hagamos cuanto sea posible para sacarle de ellas y si ya no es tiempo… entonces, haga lo que quiera. Para vengarme podré maniobrar yo sola.

—Bien, ¿qué cree usted que voy a ganar si salvo a su padre?

—¿No ha ganado con él todo lo que posee?

—Sí, pero las cosas han cambiado. Ya no formamos una sociedad unida y disciplinada, todo se ha roto. Ustedes son los fuertes y yo el débil… Salvando a su padre si es tiempo, sólo conseguiré su agradecimiento y… si continuamos juntos, seguir siendo un lacayo de ustedes. Antes al menos, abrigaba una esperanza…

—Diga una ambición.

—Me es igual el nombre.

—A mí no. Usted sabe que no le amaba, no podía amarle porque hay algo que me privaba de ello, pero… me hubiese casado con usted por cumplir con mi palabra.

—Ya. Usted se siente dolida porque en mi vida existiese la sombra de otra mujer que ya no es nada para mí y yo debía resignarme a que en su pensamiento existiese la sombra de otro hombre que lo es todo por usted en el mundo. ¿Quién debe ser tildado de más egoísta y de menos leal?

—Existen pecados de pensamiento y pecados materiales. El vulgo no perdona estos… Los otros… ¿quién no tiene en la imaginación cosas que solo son sueños?

—Bien. Nos estamos perdiendo el tiempo en discusiones necias. Lo positivo es, que con esa exposición yo no ganaría nada y me expondría a mucho. ¿No lo comprende?

—Le comprendo muy bien, Zenker. Conozco su espíritu positivista,

—En ese caso...

—Ponga un precio a su trabajo y a su exposición.

Él sonrió siniestramente y repuso:

—¿Para qué? No lo iba a aceptar usted.

—¿Por qué lo asegura? La vida de mi padre para mi vale mucho.

—¿Está Vd. segura de tasarla tan alto?

—¿Quién es Vd. para dudarlo?

—El que puede ponerle precio.

—Dígalo ya. Soy mujer que no se asusta por nada... que proceda de Vd.

El con los ojos encendidos y una repugnante mueca de deseo en los labios, dijo:

—Pues bien, ya que tanto insiste, se lo diré. No sé una palabra de su padre, pero puedo hacer averiguaciones para saberlo. Luego, si vive, tengo en mis manos medios suficientes para intentar salvarle y para acabar con Texas. El precio tiene como condición la vida de ese hombre.

—No me interesa ya nada—afirmó ella—. Sé que jamás será para mí y no quiero que sea para mi prima. Ahora sé fijamente que los dos se aman y he de hacer todo lo que este en mi mano para que esa unión no se realice.

—Eso facilita nuestro arreglo—dijo él sin perder su eterna sonrisa de venganza—. Puesto que hemos quedado en que ni Vd. me ama a mí, ni yo puedo amarla a Vd. como Vd. desearía, podemos desechar la parte sentimental y dejarla convertida en una transacción comercial un poco extraña. Yo la deseo a Vd., la he deseado siempre, puede que al principio creyese que era amor, ahora sé que no lo es, porque Vd. tampoco ha hecho nada para que lo sea... Si fuera Vd. una cualquiera, le propondría sencillamente un entretenimiento amoroso, pero no quiero ofenderla con ello y mi proposición es que se case conmigo.

Ella quedó pálida y tensa y preguntó sofocada:

—¿Qué me... case con usted?

—¿Por qué no? Nuestros sentimientos son los mismos. El pago uno. Como no nos amamos, yo le prometo que pasado un mes, o dos, el tiempo que Vd. quiera, cuando su padre esté a salvo si se le puede salvar o Texas haya muerto, podemos divorciamos y no habrá escándalo. Esto es muy vulgar y corriente. La gente lo aceptaría como un matrimonio más de los muchos que no se entienden y en paz.

Ella sacudida por la indignación, replicó furiosa:

—¡Es Vd. un miserable!

—Bueno, ya me lo había dicho, pero si Vd. me pide sacrificios, peligros y exposiciones, páguelos. No necesito su dinero ni hay precio en metal para pagar lo que exige. Acepte el valor moral del servicio y logrará lo que tanto anhela.

—¿Es su última palabra?

No solo la última, sino que le doy un plazo muy breve para decidir. Dentro de dos horas, sale de aquí la persona que puede ayudarme eficazmente a resolver el plan y tengo que quedar con él en algo positivo Mis proyectos están ultimados en lo que a mí respecta, pero si en ellos ha de intervenir Vd., tendré que variarlos y el tiempo es muy justo. Quiero que lo comprenda así, pues de lo contrario, pasado ese plazo y sintiéndolo mucho, obraré por mi cuenta desligado de usted.

Ella, pálida, angustiada, sintiendo unas tremendas ganas de llorar, le escuchaba con la vista nublada. Le había propuesto algo tan humillante, tan insultante para su orgullo y su dignidad, que estaba sintiendo unas ganas locas de buscar un revólver y deshacerse a tiros de él.

Con voz quebrada, repuso:

—Bien, dentro de una hora le contestaré.

Zenker abandonó la estancia sonriendo cruelmente. Mucho le había hecho sufrir aquella mujer fría y orgullosa, que fiando en su posición y su dinero creía que todo lo podía comprar con puñados de billetes, pero ahora estaba en sus manos y, una de dos, o renunciaba a su ayuda que le era muy necesaria o claudicaría dándole la más salvaje satisfacción de su vida.

Cuando Zenker abandonó el dormitorio, Vera deshecha se dejó caer en el lecho sollozando con dolor. Tan grande era su pena y el tamaño de la ofensa, que esta escapaba a su percepción en todas sus dimensiones.

Pero a pesar de ello, la realidad era una. Sola y sin ayuda, nada podría intentar por salvar a su padre y por otro lado, sabía que rota la asociación, sin peligro positivo para Texas, este una vez que se deshiciese del financiero podía entregarse de lleno a gozar del amor de Stella. Esto fue para ella como un revulsivo. Todos sus males procedían de aquel amor funesto contra el que nada podía. Jim se había adueñado de sus sentidos como una maldición y espiritualmente la hundía en el abismo, pues bien, si debía ser así, si tenía que renunciar a lo que más anhelaba en el mundo y vivir una vida mísera y desgraciada, ¿que valía su cuerpo cuando

quedaba rota su alma?

Ya la vida carecía de alicientes para ella. Su única misión sería la venganza y ateniéndose a este imperativo, todo lo sacrificaría a ella.

Se vengaría de Texas, de Stella y... de Zenker. Éste gozaría de su triunfo cobrándose de manera material su ayuda, pero cuando ya no le necesitase, cuando su deuda quedase saldada con quienes habían sido la causa inconsciente de su hundimiento, entonces Zenker pagaría también su tributo. Le mataría como a un sapo venenoso o haría con él algo trágicamente grande, que le hiciese lamentarse amargamente de la vejación que le había propuesto.

Sin pararse a pensar más, aceptó. Era tan grande su desesperación, que renunciaba a todo personalmente por llevar a cabo su plan y así, cuando Zenker regresó en busca de la contestación dijo sencillamente:

—Estoy dispuesta a aceptar su pretensión, pero no olvide que estamos perseguidos. Donde demos nuestros nombres y hagamos acto de presencia, nos exponemos a dar trompetazos que alarmen a nuestro enemigo.

—No es preciso hacerlo así—dijo él temblando de alegría al saberla humillada y en sus manos—. Vd. puede dar su nombre, la inicial de su primer apellido y el segundo. Yo puedo hacer lo propio. Vea que no le propongo casarnos con nombres falsos... Con amor o sin amor, Vd. será la esposa de Oliver Zenker, como yo seré el marido de Vera Spack. Se podrá sentir humillada espiritualmente, pero me hará el honor de reconocer que dejo a salvo su dignidad social.

Ella rio con amarga ironía. ¡Su dignidad social! ¿Pero acaso alguno de los dos podía blasonar de ser dignos? Aceptando la situación trágica, repuso:

—Bien, espero que antes me dará cuenta de sus planes. Creo que es a lo menos que, tengo derecho.

—¡Oh claro está! Escúcheme.

Por espacio de media hora, estuvo hablando. Ella le escuchó con atención profunda, sin discutir ni objetar y cuando él terminó de hablar, preguntó:

—¿Tiene Vd. algo que oponer?

—Nada. Veo que todo lo tiene estudiado. Lo que hace falta es que no se malogre.

—De eso no puedo responder; solo el diablo tiene la palabra, pero espero que reconozca que he estudiado el asunto a fondo y que lo que propongo es viable.

—Bien. Estoy a su disposición. ¿Cuándo le urge celebrar la boda?

—Si no hay inconveniente, lo antes posible. Quiero salir de aquí casado para que maniobremos sin recelos ni trabas.

—Pues prepárelo todo. Tanto me da un día como otro.

Él abandonó la estancia henchido de gozo. Había obtenido uno de los éxitos más grandes de su vida y este éxito le iba a resarcir de muchas amarguras y humillaciones que había aceptado pero no perdonado.

Capítulo II

Texas mete el pie dentro de una trampa



L regreso de Texas, Stella y el mejicano, al rancho, fue un acontecimiento que Jim quiso celebrar concediendo varios días de asueto a sus numerosos peones y obsequiándoles con una fiesta que hizo época en los anales de la hacienda.

Durante tres días de la semana, se cantó, se bailó, se comió de una manera desusada y se celebraron varias fiestas en el interior del rancho, que reflejaban el regocijo de su dueño y el de sus servidores.

Stella, como una bella y exótica flor, presidía todos aquellos actos de regocijo y recibía el homenaje de la sencilla gente de la propiedad. El hecho de que Jim les hubiese anunciado que Stella iba a ser pronto su esposa, les colmaba de alegría, pues adivinaban que como él, sería una mujer buena, cariñosa y amante de sus colonos.

Nino hinchado como un pavo real, se había embutido en su más rico traje de puro estilo mexicano y se pavoneaba por la hacienda, pregonando que él también estaba decidido a imitar a su patrón, pero cuando encontrase la mujer digna de merecer su amor.

Las fiestas habían absorbido de tal forma el tiempo y la atención de Texas, que casi llegó a olvidar que tenía en su poder al temible financiero y que andaban sueltos por el Oeste Zenker y Vera. Confiaba tanto en su fuerza y en el quebranto que para ellos significaba la perdida de Spack, que casi ya no les daba importancia alguna como enemigos.

Fue Stella quien le retrotrajo a la realidad pasados aquellos momentos de euforia preguntándole:

—¿Que piensas hacer con ese hombre, Texas?

Jim apretó los dientes y repuso:

—¿Que crees que se puede hacer con un lobo que te sale al camino dispuesto a destrozarte?

—¡Oh, Jim, me repugnan las muertes y mucho más a sangre fría! ¿No habría algún modo de imposibilitar a ese hombre sin necesidad de apelar a 1a muerte?

—¿Cual Stella? Comprende que...

—Comprendo todo, pero... me acuerdo de Vera. Es su padre, Jim; por encima de todo, es su padre... ya sé que me odia, que

desearía mi muerte y mi ruina, pero yo no puedo ser como ella… Pienso que gracias a su intervención hoy vives y…

—Lo hizo por egoísmo, Stella.

—Pero lo hizo. Tienes que pensar algo, Jim. No quiero que nuestro anuncio de próxima boda se celebre con una muerte.

Texas vacilaba. El amor hacia la joven le predisponía a ser benigno, pero conocía a Spack, conocía a Zenker y a Vera y el corazón le decía que cualquier acto de blandura podía serles fatal.

Para no desalentar a la joven, contestó:

—Bien, lo estudiaré. Mientras esté en nuestro poder, no es peligroso. Está bien encerrado y bien vigilado, pero… Zenker está suelto, Vera también y yo no puedo olvidarlos.

—Estarán desmoralizados. Solos, no creo que se atrevan a intentar nada, sobre todo si como dices, se ha roto la armonía entre mi prima y el secretario. Ahora más que aliados serán enemigos acérrimos… Quién sabe si esto acabará de separarles.

—Bien, Stella, te digo que lo estudiaré. Ahora no quiero saber nada de nuestros enemigos. Quiero que nada turbe el gozo que nos domina y que a costa de tantos sinsabores hemos conquistado.

Ella zalamera se acercó a Jim, diciendo:

—Es cierto, Jim, pero, sin esos malos ratos, ¿hubiésemos llegado a esta feliz conclusión?

Él se ruborizó y terminó por afirmar:

—Creo que sí, Stella. El amor puede ocultarse hasta cierto límite. Más allá, explota como los barrenos cuando la mecha encendida se va corriendo hacia ellos.

—Pero, ¿y las horas de felicidad que hubiésemos perdido en tanto que llegaba? Yo por mi parte sé decirte, que de no haberme impulsado aquel momento dramático, creo que me hubiese faltado valor para decírtelo.

—Eso me pasaba a mí, Stella… No podía concebir semejante suerte.

—No digas niñerías. La suerte ha sido la mía. Todas las mujeres te han deseado y muchas merecerían tu amor. Pero solo una puede llevárselo. La que a ti te ha inspirado esta pasión.

Jim ebrio de felicidad, dedicó algunos días a cantar su amor a la joven y tan ciego estaba, que parecía olvidar el peligro para vivir solamente aquella embriaguez de amor que podía serle funesta.

Había desdeñado hacer una sola visita al millonario. Era Mendoza quien se preocupaba de él y de atormentarle amenazándole terriblemente cada vez que entraba en su prisión y por fin, decidió normalizar su vida preocupándose de realizar los

preparativos de una boda próxima.

Tenía que ir a San Francisco a arreglar algunos asuntos concernientes a ello y al paso, a ultimar la cesión de la mina de Stella, para la que había surgido un comprador auténtico, un minero de la región a quien le seducía aquel yacimiento.

Estaba a punto de partir para la capital, cuando una mañana, le sorprendió el empleado del puesto de telégrafos costero, con un telegrama para él. Estaba firmado por Snok el Secretario de Estado y decía escuetamente:

> »Jim:
>
> »Te ruego sin pérdida de tiempo emprendas viaje a Elko. Entérome complot sabotaje contra línea ferrocarril en construcción. Vigila local llamado «Vanity Fair», antro peligroso reunión gente sospechosa.
>
> Actúa rápido. No comuniques conmigo hasta resolver asunto. Quiero evitar sospechen que conozco asunto. Abrazos.
>
> Snok.

Jim hizo un gesto de desagrado al leer el telegrama. Nunca había estado tan inoportuno su amigo el Secretario como en aquella ocasión, encomendándole semejante trabajo. Pero no tenía otro remedio que obedecer. El ferrocarril en construcción era algo vital para América. No ignoraba que existían muchos intereses encontrados en torno al tendido de la línea y era muy natural que gente que se creía perjudicada, atentase contra él para retrasarle.

A Stella tampoco le hizo gracia el aviso. No era por que significase un retraso de la boda, sino por el peligro que Jim podía correr en la peligrosa aventura.

Angustiada, suplicó:

—¿Por qué no le telegrafías pidiendo que comisione a otro?

—No puedo hacerlo, Stella. Es algo vital para nosotros.

—Sí, pero tu vida también es vital para mí.

—No creo que corra peligro.

—Tú siempre eres optimista, Jim. Para ti los peligros no existen nunca.

—Bueno, no quise decir tanto, me refiero a que el peligro no puede ser grande. Todo se limitará a hacer investigaciones y descubrir quiénes son los saboteadores. Luego, que el Gobierno y la tropa se encarguen de ellos.

Stella no quedó muy satisfecha de las explicaciones de Texas, pero no podía hacer otra cosa que aceptarlas.

Jim llamó a Nino y mostrándole el telegrama dijo:

—Prepárate. Vamos a salir enseguida para Elko.

—¡Oh bien, esto es grande, creo yo! Se me estaba oxidando el revólver o así de no hacerle gritar. ¿Cuándo nos vamos?

—Mañana por la mañana.

—¿A caballo?

—Pues… no sé qué decirte, Nino… La línea por este lado todavía es deficiente y lenta. Tendríamos que dar un gran rodeo hasta alcanzar Reno. Yo creo que podemos tomar una de las diligencias del «Pony Exprés», hasta Reno y allí, seguir en el tren hasta Elko. No sé si ya la línea llegará hasta el mismo poblado, pero si no llega, no quedará muy atrás. Es lo mejor.

—Bueno va, *manito* —repuso el mexicano—entonces, con darle un poco de grasa a los revólveres o así creo que habrá suficiente.

—Sí, cuídate de las armas y de preparar bastantes proyectiles por si acaso. No creo que nos hagan falta más de media docena por cabeza.

—¡Oh! bueno—entonces si llevo un par de cientos para los dos, puede que nos lleguen justos. Cuando tú dices, ¡maldita sea Sonora! que vas a disparar media docena de tiritos, no suele quedar ni uno de un centenar. ¡Si te conoceré yo!

—¡Nino! Eres una bestia. Estás asustando a la señorita Stella innecesariamente.

Mendoza se rascó la cabeza disculpándose.

—¡Ya! ¡Maldita sea mi «isicrasia»!…Era un decir o así… Claro que a veces, pues… ni sacar el revólver… Si se trata de una docena no más de *pringaos*, pues… creo yo que con un par de puñetazos por barba…

—¡Basta, Nino!—replicó Stella—. No conseguirán ustedes engañarme. Quisiera ir con ustedes.

—¡Oh no, eso sí que no! ¡*Repinto*!—gritó Nino asustado—. Aquel lugar no es apto para señoritas creo yo… Un campamento de un ferrocarril como de una mina, es algo parecido a una sucursal del Infierno ¡maldita sea Sonora! ¡Si lo sabré yo!

—¿Y quiere usted tranquilizarme?

—Pues claro… Para los hombres no hay peligro, me parece a mí, pero con una mujer… tendríamos que entrar a tiros en el campamento y nos asarían antes de llegar a él.

Texas le hizo salir para preparar todo y se dedicó a calmar la angustia de Stella. Luego, llamó al capataz del equipo para confiarle el cuidado de la joven.

—No saldrá del rancho sin llevar una docena de hombres al lado

—ordenó—No quiero que se repita lo de la última vez.

—Descuide patrón que no se repetirá.

En cuanto al preso, que siga bien vigilado. Cuando regrese, me ocuparé de él y si sucede algo, telegrafiar a Reno y más tarde a Elko. El *sheriff* me dará cualquier aviso.

Todo preparado, al siguiente día, Stella seguida de una docena de peones siguió a Texas y Nino hasta Blocksbrug, donde debían tomar la diligencia que partía para Reno.

Llegaron media hora antes de partir el vehículo que se hallaba parado a la puerta de la casa de Postas, renovando el tiro de caballos.

Texas obligó a Stella a volver al rancho antes de que él partiera; quería convencerse de que salía de allí sin novedad, a pesar de que llevaba una escolta de doce peones. Cuando la muchacha hubo desaparecido despidiéndoles desde lejos con el pañuelo, Texas malhumorado advirtió:

—Vamos, Nino, tomemos asiento en ese armatoste. En mi vida he ido a cumplir ninguna misión con peor gana.

—Te vas haciendo viejo, *manito*, creo yo. Un hombre como tú no puede molestarse porque se le presente la ocasión de disparar unos tiritos.

—Bueno, no, pero... ya podían haberme dejado descansar algún tiempo.

—Así volverás al lado de la *chula* más acaramelado, *manito*.

Subieron al carruaje. Una diligencia grande y pesada, con una amplia baca para equipajes y viajeros.

—No era mucha la gente que viajaba ya en el Pony Exprés. El tren iba absorbiendo los viajeros por ser más rápido y solamente aquellos que iban a lugares por donde el tren no circulaba, se sentían interesados por la diligencia.

Con Texas y Nino, montaron un granjero y un peón de un rancho situado a doce millas. Suponían que no iría nadie más pero poco antes de partir, llegaron cuatro viajeros más. No parecían presentar nada de particular. Uno vestía como los «cowboys» y lucía al cinto un revólver de modelo anticuado que más parecía un adorno que un arma eficaz, otro parecía un granjero, un tercero tenía tipo de viajante y el cuarto, no presentaba una personalidad definida.

No parecían conocerse entre sí, pues el granjero hizo una pregunta sobre determinados lugares alegando que procedía de la costa e iba a ver a un pariente; el viajante aseguró, que era la primera vez que hacía aquel recorrido.

El coche arrancó entre nubes de polvo y poco después se perdía en la cinta blanquecina del camino, rodando hacia la divisoria.

Diez millas más adelante, los dos «cowboys» se apearon para dirigirse a su rancho y el coche continuó rodando, hasta que, mediada la tarde, se detuvo en una estación de cambio a renovar el tiro.

Fue una parada de media hora. En la cantina les ofrecieron unos porotos y tocino, que todos devoraron con apetito.

Los viajeros no parecían muy comunicativos y como Texas tampoco se sentía muy inclinado a charlar, pensando en Stella, el silencio resultaba hosco.

Ya de noche, llegaron a Red Bluff, descansando en la estación de recambio, para emprender la marcha al siguiente día.

Los cuatro viajeros parecían indiferentes y Nino, que les examinaba distraído, se preguntó dónde diablos irían, que no daban señales de impaciencia. Quizá les interesase cruzar la divisoria por Reno, para entrar en Nevada.

Al salir de Red Bluff, sólo iban los seis en el vehículo.

Poco más tarde, empezaron a bordear el río Sacramento, con dirección a Tohama.

Uno de los viajeros se asomó a la ventanilla, contemplando el río que bajaba fangoso a causa de los aluviones de primavera y a poco de asomarse, lanzó un gruñido:

—Ese muchacho se ahogará sin remisión—comentó.

El comentario demostrando el temor de una desgracia, movió a Texas y a Nino a lanzarse a las próximas ventanillas para echar un vistazo al río. Sus cuerpos se inclinaron sobre los huecos, dando la espalda al resto de los viajeros.

Pero apenas si habían tenido tiempo de comprobar que no había tal muchacho en el río, cuando sintieron en sus riñones el duro hierro de las bocas de dos «Colts» y unas voces frías y autoritarias que ordenaban:

—No se muevan, si no quieren recibir cuatro onzas de plomo en tan delicado sitio.

Tanto Texas como Nino, se dieron cuenta de la celada en que habían caído y su primer impulso fue revolverse furiosamente, pero rápidamente comprendieron lo improcedente de la idea. Antes de que hubiesen tenido tiempo de hacerlo, los bandidos podían disparar a discreción sobre ellos.

Se quedaron tensos, esperando lo que iba a suceder, mientras manos expertas les despojaban de los revólveres que pendían de sus cintos.

Sin permitirles hacer el más leve movimiento, alguien les trabó fuertemente los pies y cuando estuvieron trabados, tiraron de ellas hacia atrás reciamente, dejándoles caer sobre los asientos fronterizos, donde quedaron sentados.

Texas, rojo de rabia, quiso saltar sobre ellos, pero cuatro «Colts» imponentes le cerraban el salto.

—No se mueva, capitán—dijo uno de ellos—, creo que le tendrá mejor cuenta. Es usted demasiado sentimental para este mundo y esas debilidades se pagan.

Una cuerda en forma de lazo cayó sobre él, aprisionándole los brazos y un bandido apretó hasta inmovilizarlos, en tanto que dos de los intrusos encañonaban con rabia al peligroso Nino.

Éste los miraba con ojos exaltados por la ira y media la distancia, preguntándose si a costa de alguna, rozadura de bala podría intervenir directamente para salvar aquel momento trágico y denigrante, pero los dos bandidos, a distancia, imposibilitaban su intento.

Se adivinaba que eran gente ducha en la materia y que no se dejarían sorprender fácilmente.

Cuando Texas se encontró indefenso, le tocó el turno al mejicano.

La cuerda cayó sobre él y dos hombres tiraron de ella con fuerza, pero Mendoza, tensionando sus terribles músculos, neutralizó la acción en parte, consiguiendo que no le anulasen del todo los movimientos y cuando los dos forajidos, creyendo que le habían reducido a la impotencia, se acercaron a él para dar vuelta a la cuerda, Nino consiguió distensionar aquélla u de un terrible puñetazo, envió a uno de los rufianes al otro lado de la diligencia, dejándole inmóvil.

Iba a saltar a pesar de tener los pies impedidos, cuando otro de los indeseables se anticipó a él y le descargó un terrible golpe en la cabeza con la culata del revólver, que le dejó un momento semi atontado, tiempo suficiente para que los otros dos le pasasen la cuerda por los brazos y le aprisionasen reciamente, imposibilitándole un nuevo intento de agresión.

Nino quiso reaccionar, insultándoles horriblemente, pero el rufián le aplicó el revólver a la cara, diciendo con rabia:

—Si das un sólo grito, te deshago la boca de un tiro.

La amenaza era demasiado trágica para tomarla a broma y Mendoza enmudeció, pero en sus ojos se leía la terrible amenaza de lo que hubiese sido capaz de hacer con ellos, de conseguir recobrar su libertad.

Cuando ambos se hallaron reducidos a dos peleles maniatados, el que parecía dirigir el grupo, exclamó, rabioso:

— ¡Cochino gringo!... Le has destrozado la boca a Walter, pero yo te aseguro que lo pagarás caro... Tú, Max, aplica por aquí el revólver a las costillas del conductor para que se detenga.

El incidente se había desarrollado tan rápido y en silencio, que el conductor del carruaje, sentado demasiado alto y dominado por el ruido del galope de los caballos, no tuvo ocasión de darse cuenta de lo que sucedía a su espalda.

El llamado Max, asomó la cabeza por el hueco que se abría junto al asiento y sacando el brazo, apretó el cañón del revólver a la espalda del conductor, al tiempo que gritaba:

—Párate, rápido... y no te muevas, si no quieres que te salga el plomo por el pecho.

El mayoral, sorprendido, tiró de las bridas y los cuatro caballos que arrastraban el coche se detuvieron en mitad de la senda.

Uno de los forajidos, con el «Colt» en la mano, saltó a tierra, colocándose delante de la diligencia con el arma empuñada y detrás de él, surgieron los otros dos, mientras que el que Nino había golpeado, quedaba atravesado sobre el piso del vehículo.

El conductor, un tipo grande y fornido, ducho en la línea, que no era la primera vez que se veía detenido en los caminos, unas veces por los indios merodeadores y otras por los salteadores, midió a todos con la mirada y masculló:

—¿Qué diablos sucede?

—Nada que pueda dolerte, si tienes algo dentro de la cabeza y obedeces... Apéate... necesitamos el carruaje.

El mayoral hizo un cálculo mental de posibilidades y realizó un movimiento como si se decidiese a soltar las riendas y obedecer, pero súbitamente agitó el látigo con furia sobre los flancos de los caballos e inclinándose hacia adelante hasta casi echarse encima de ellos, gritó:

—¡Adelante, corderos!

El indeseable que se había colocado delante de la diligencia, se dio cuenta del terrible peligro que corría y disparó precipitadamente, intentando saltar para apartarse de la trayectoria del carruaje, que a impulsos de los potentes animales, arrancó violentamente pero no consiguió su propósito. El disparo hirió a uno de los caballos enfureciendo al animal y todo el tiro cayó sobre él metiéndole entre sus patas como un guiñapo, para dejarle detrás de las ruedas medio destrozado.

Los otros dos indeseables al darse cuenta de la audaz maniobra,

dispararon rabiosos sobre la diligencia que se alejaba a un trote endiablado y sus balas se clavaron en la caja traspasando el interior, pero quedaron atrás sin posibilidades de alcanzar a los fugitivos.

El mayoral cuando estimó pasado el peligro, se irguió sonriendo en el asiento y trató de dominar a los fogosos animales, pero estos asustados por el tiroteo y arrastrados por el compañero herido que galopaba ciegamente, siguieron a un trote alucinante por un terreno que constituía un terrible peligro.

La diligencia rodaba por una senda estrecha y tortuosa pegada al cauce del río y el mayoral se daba cuenta de que si no lograba dominar a aquellos enfurecidos caballos, corría el peligro de ir a parar al cauce del Sacramento.

Maldiciendo terriblemente y deshaciéndose los puños para tirar de la reata, se agitaba en su asiento procurando cuando menos mantenerse en el centro de la senda, con la esperanza de que más tarde o más temprano los animales dominasen su pánico y recobrasen su control, pero nada de lo que se proponía lograba, y el pesado adminículo rodaba dando peligrosos tumbos por e1 camino, amenazando con desplomarse en el río.

De súbito, la senda presentó un violento recodo, los caballos alocados, apenas si se dieron cuenta de él y siguieron casi rectos. Los que trotaban pegados al río, parecieron otear el peligro al deslumbrarse con el brillo del agua herida por el sol y trataron de meterse dentro de la senda, pero empujados por sus compañeros no lo consiguieron y pocos metros más allá, desbordaban la cinta del sendero y saltaban al vacío, arrastrando tras ellos el pesado armatoste.

El conductor al darse cuenta de la inevitable catástrofe, se puso en pie sobre el asiento y abriendo los brazos se lanzó al vacío todo lo más lejos que pudo del vehículo, mientras este, perdiendo el equilibrio, se precipitaba en el agua con un estruendo imponente, formando un enorme vacío en el lecho del río al caer.

Nadie fue testigo del suceso. Caminaban por un lugar desierto y el río por aquel lado aparecía solitario, sin que la proximidad de alguien pudiese acudir en auxilio de los que lo tripulaban.

Capítulo III

Las cañas se vuelven lanzas


pesar de las precauciones tomadas, el mayoral se vio envuelto en el terrible torbellino formado por el vehículo al hundirse en el agua y durante un momento, buceó ciego entre la ola de fango que le envolvía, pero buen nadador, consiguió subir a la superficie y sacudirse la presión del agua nadando fuera del remolino.

Luego, giró la vista descubriendo e1 roche medio hundido del costado derecho. La suerte había hecho que cayese junto a la orilla, en una especie de remanso no muy profundo y aunque el agua le cubría en su mayor parte, el lado contrario había quedado al descubierto y en los huecos de las ventanillas, estaba viendo dos cabezas asomadas que pugnaban por mantenerse fuera del líquido elemento que casi llenaba el coche.

Nadó vigorosamente hasta alcanzar la diligencia y Texas que se había dado cuenta de todo gritó:

—Amigo, si puede subir hasta aquí, nos hará un gran favor cortando cuando menos las ligaduras de nuestros brazos. No podemos hacer movimiento alguno para salir.

El mayoral trepó penosamente al costado del coche y con su enorme cuchillo, logró cortar las trabas de los brazos de Texas y Nino, ayudando a estos a salir por el hueco de la portezuela, cosa que con Jim no hubo problema, pero con Nino si, por su gran humanidad.

Ya sobre el costado del coche, pudo ayudarles a eliminar las trabas de sus pies. Fue una operación oportuna pues los infelices caballos que se debatían en el agua con las ansias de la muerte, terminaron por hundirse arrastrando tras ellos el pesado vehículo.

Texas y Nino ya habían saltado nadando hacia la orilla, ayudados por el mayoral y cuando alcanzaron tierra firme Texas se lamentó:

—Siento no haber podido sacar también al tipo ese que quedó dentro de la diligencia.

El conductor escandalizado, gruño:

—¿Encima de haberles tenido a punto de morir a sus manos?

—No era piedad, sino interés por saber quién les había pagado por este golpe. Quiero creer que no se trata de un vulgar atraco.

—¿Por qué no? Ya he sufrido quince en mi larga vida de

conductor en la «Pony Exprés».

Texas denegó con la cabeza afirmando:

—Sé lo que me digo. Esos tipos me conocían, pues me han nombrado al sorprenderme. Esto tiene una raíz más honda.

—Pues que me maten si lo entiendo—gruñó el mayoral.

—Lo que me encorajina, es que he perdido el coche. Quizá con él pierda el empleo.

—No se preocupe por ello—dijo Texas—. Tengo suficiente influencia para hacer que le den un coche nuevo que estoy dispuesto a pagar si es preciso, pero si así no fuese, en mi hacienda siempre tengo un buen puesto para hombres de su talla. Me ha salvado usted la vida y Jim Texas no es hombre que no sepa pagar tales favores.

El mayoral le miró con asombra y balbuceó:

—¿Texas? ¿El héroe de nuestra guerra?

—Bueno, si usted se empeña, el héroe, pero deje eso. Baste con saber que soy el capitán Texas.

—¡Oh claro!—replicó convencido—basta con eso. Pues sí señor, para mí sería un honor eso que me propone. Ya estoy harto de rodar por esos endiablados caminos, donde cada viaje hay que apelar a un truco para salvar la vida.

—Así es amigo y veo que tiene usted agallas para hacerlo. Si en, realidad no le interesa volver con la empresa, le tomo a mi servicio.

—Y yo me quedo con ustedes desde ahora mismo.

—Bien, lo interesante ahora, es preocuparnos de nuestra situación. Estamos chorreando y me figuro que lejos de todo poblado.

—A unas diez millas de Tehama—afirmó el mayoral.

—En ese caso, allí veo un pequeño bosque. Vamos a encender fuego y a secar nuestras ropas. Después veremos que rumbo tomamos.

Cruzaron el camino y se internaron en el bosque. Texas siempre llevaba yesca, eslabón y tabaco en su caja impermeable y consiguió encender una fogata donde pusieron sus ropas a secar.

Nino se mostraba furioso. Maldecía sobre todo cuanto podía maldecir y hablaba de volver sobre el camino en busca del resto de La cuadrilla, para apretarles el pescuezo con sus poderosas manos y obligarles a barrer el polvo de la senda con su asquerosa lengua.

Texas le calmó diciendo:

—No te molestes, Nino. Esos reptiles se habrán apresurado a desaparecer en vista del fracaso.

—¡Oh no, maldita sea Jalisco! A lo mejor, creen que nos hemos

estrellado o que hemos caído al río y son capaces de seguir adelante o así.

—¡Calla! Me has dado una idea. Montemos una vigilancia desde aquí por si acert*ases*. Daría mil dólares porque así sucediese.

El fuego y el sol que aún picaba a pesar de estar algo avanzado el otoño, secaron la indumentaria de los tres aventureros y estos, pudieron vestirse de nuevo. El mayoral que se mordía las uñas rabioso, preguntó:

—¿Tiene usted idea de quién puede ser el autor de este intento?

—Hasta cierto punto sí, pero… no me explico cómo han podido averiguar que yo salía en su diligencia… Esto es lo que me intriga.

Nino intervino para insinuar:

—¿No habrán tenido noticia del telegrama?

—Pues… podría ser, pero no me explico cómo…

—¡*Repinto*! Yo tampoco, pero…

Texas que sentía prisa por alcanzar algún poblado, dijo:

—Creo que debíamos iniciar la marcha hacia Tehama… Son diez millas de camino…

—Quizá nos alcance algún carruaje que se dirija allí—insinuó el mayoral. 1

— Me alegraría. Es mucho andar y mucho perder tiempo.

Se disponían a abandonar el bosque para emprender la marcha, cuando Nino que vigilaba rabiosamente el camino, advirtió:

—¡Cuidado, *manito*! Veo gente o así que viene por allá lejos.

Texas medio oculto por un árbol, echó un vistazo. Entre el polvo de la senda, se distinguían dos siluetas que avanzaban bordeando el río.

—Esperen—dijo—son dos. Sería una feliz coincidencia que se tratase de ese par de sapos que quedaron atrás

Durante algunos minutos, atalayó el camino con su aguda mirada. E1 polvo le impedía distinguir bien a los solitarios caminantes, pero por fin aprovechando una ráfaga de aire que les dejó al descubierto, advirtió sonriendo siniestramente:

—El Diablo está en su contra, Nino. Son ellos.

El mejicano intentó salir a su encuentro, pero Texas le detuvo con férrea mano exclamando:

—¿Estás loco? Ellos poseen armas y nosotros no.

—¡Oh bueno!, pero soy capaz de dejarme dar un tiro con tal de acariciarles un ratito los orejas o así.

—Estate quieto y no te des a ver. Hay que estudiar la forma de cazarles sin darles tiempo a disparar.

El mayoral señalando su revólver, dijo:

—Yo tengo mi Colt, pero… el baño lo ha dejado inservible.

Texas alargó la mano y tomándolo dijo:

—Démelo. Ahora atención. Cuando crucen por delante, les voy a dar el alto mostrándoles el revólver. Si se asustan, podemos cazarles sin peligro.

—Y si no…

—Pues… Bueno, tomen un par de piedras pesadas y estén atentos. Si hacen el menor movimiento, arrójenselas. Tú, Nino, eres buen tirador de piedras.

—Y yo también—dijo el mayoral—He cazado muchos conejos a cantazos.

Se armaron con las piedras quedando ocultos tras los gruesos troncos de árboles y esperaron. Poco más tarde, los dos forajidos, cansados, polvorientos y rabiosos, avanzaron cerca de ellos examinando atentamente el río.

Texas les dejó pasar y cuando habían ganado algunos metros, surgió inopinadamente por su espalda con el revólver amartillado avanzando levemente para retardar el momento de enfrentarse con ellos.

Pero pese a su precaución, la tierra crujió bajo sus pesadas botas y uno de ellos alarmado, se volvió con rapidez llevando la mano al costado, pero la voz imperiosa de Texas ordenó:

— ¡Quietos u os abraso a tiros!

Los dos rufianes se quedaron como quien ve visiones al enfrentarse con quien creían que se habría estrellado en la loca carrera o había ido a parar al fondo del río y por un momento, quedaron tensos sin saber que decisión tomar, pero comprendiendo que su vida estaba en peligro, decidieron jugárselo todo a una carta y llevaron con rabia la mano al revólver.

Texas se vio perdido y con rapidez vertiginosa arrojó el pesado revólver a la cara de uno acertándole cuando el rufián sacaba el arma. El golpe le cogió desprevenido y soltó el revólver para llevarse las manos al lugar del impacto, al tiempo que el otro disparaba Texas como un rayo de veloz, se arrojó al suelo pasando el proyectil por encima de él, pero cuando el rufián intentó repetir el disparo, dos enormes piedras le caían sobre el pecho y cabeza, abatiéndole como a un ternero cogido con el lazo.

Nino y el mayoral saltaron como tigres sobre ellos atenazándoles y antes de que pudieran darse cuenta de lo que había sucedido, ya, se hallaban en el bosque arrastrados por el mejicano y su compañero, mientras Texas recogía las útiles armas.

Ambos rufianes sangraban por cara y cabeza de un modo

impresionante, pero Nino sin conmoverse, les sacudía como sacudiría una palmera para hacer caer los dátiles maduros.

—¡Cobardes, *pringaos*! ¡Maldita sea vuestra ralea! Ahora me vais a pagar el mal ratito o así que me hicisteis pasar en el coche, creo yo... Os voy a sacar la lengua hasta que os llegue a las espuelas y luego os voy a hacer ahorcar con ella ¡maldita sea Sonora! A mí no me hace ningún chulo tiñoso lo que vosotros me habéis hecho porque me las paga creo yo.

Y seguía sacudiéndoles de un modo, que parecía que se les iba a saltar la cabeza de encima de los hombros para salir disparada a muchos metros de distancia.

Texas intervino para advertir:

—Un momento Nino; todavía los necesito.

—Bueno, *manito*, pero despacha pronto, porque tengo las manos, que me bailan por saber lo que tienen estos sapos dentro del pecho.



—Un momento Nino, todavía los necesito.

Los dos rufianes aterrados, gemían más que por e1 dolor de las heridas, por el pánico que Mendoza les causaba y uno con tono suplicante, balbuceó:

—¡Por todos los santos, capitán, perdónenos!... Le juramos que nosotros no sabíamos que usted...

—Basta, ha pasado la hora de las lamentaciones. Quiero saber el motivo que os guio a atacarnos.

—¡Oh, de eso no sabemos mucho! Grisel nos contrató para un trabajo. Dijo que tenía orden de apoderarse de dos viajeros que tomarían la diligencia de Blocksbrug. Ofrecían cien dólares, pero no nos dijeron de quién se trataba ni para qué. Más tarde supimos su nombre pero ya no tenía remedio. Grisel nos hubiese deshecho a tiros si retrocedíamos

—¿Nada más?

—Nada más.

—Nino, encárgate de estos sapos. Están afónicos y no tienen ganas de hablar.

El mejicano atenazó a uno de ellos como a un cangrejo para arrancarle el caparazón y el rufián gimió:

—¡No, no!, espere; hay algo más aunque no mucho.

—Venga lo que sea.

—Grisel nos dijo luego, que obraba por encargo de un personaje al que debería dar cuenta del éxito en San Reno. Tenía orden de deshacerse de los dos y debía hundir la diligencia en el río.

—¿Quién es ese personaje y en qué lugar debía verle?

—No nos lo dijo. Eso solo lo sabía él.

Texas se quedó meditando. Un personaje…, este no podía ser otro que Zenker, pero Jim no podía admitir que el audaz secretario, en lugar de huir hubiese regresado hacia el Norte y sobre todo, que estuviese tan al tanto de sus movimientos.

De súbito, una idea brotó en su mente. ¿No nacería todo de una trampa bien preparada? Aquel telegrama del Secretario de Estado, ¿no habría sido un hábil cebo para sacarle de su rancho y batirle en el camino? Si así era, ¿qué interés tendrían en hacerle llegar a Elko y que podía suceder en aquel antro o garito que se citaba con el nombre de «Vanity Fair»? Tenía que averiguarlo a toda costa y no tardaría mucho en ello.

—¿No tienes más que decir?— preguntó fríamente.

—Le juro que no sé nada más.

Texas se separó haciendo una señal a Nino. Éste los atenazó por el cuello de las destrozadas camisas y tirando de ellos con saña, murmuró rechinando los dientes:

—Venir aquí, corderitos sarnosos, ¡maldito sea el primer biberón que tomasteis!… Venir aquí, que tengo ganas de envenenarme con sangre de pistolero…

Los arrastraba como reses sin hacer aprecio de la desesperada resistencia de los condenados y dirigiéndose al mayoral, preguntó:

—¿Oiga, amigo, como se llama?

—Kit Shawn.

—Bien Kit, supongo que usted querrá acompañarme en el banquete. Usted también tiene algo que agradecer a estos *pringaos*, creo yo.

—¡Oh, claro!… Unos entresijos de rufián me fortalecerían el estómago.

—Pues venga para acá, *manito*… Creo yo que nos vamos a divertir o así.

Nino se desciñó de la cintura unas cuerdas que siempre llevaba

atadas debajo de la chaqueta y entregando una a Kit, dijo:

—Tome, *manito*, empléela como quiera. Yo ya sé cómo la voy a usar con este sapo tiñoso.

Lo arrastró al pie de un árbol bastante dentro del bosque y atando la cuerda a una rama, pasó un lazo corredizo por los pies del rufián y tirando de la cuerda, le dejó pendiente, con la cabeza hacia bajo y las manos casi rozando la tierra. Cerca, bullía un horrible hormiguero de gigantescas hormigas que debían ser carnívoras, pues al olor de la sangre que goteaba de la cabeza del rufián, se agruparon peleándose por chupar, de ella.

Nino feroz, exclamó:

—No pelearos corderas que habrá para todas creo yo... Estos sapos están bien nutridos.

Dejó al rufián colgado de los pies emitiendo rugidos de desesperación y suplicando que acabasen con él de una vez, pero Nino no le hizo caso alguno.

—¿Y usted *manito*, que piensa hacer con ese regalo?—preguntó a Kit.

—¡Oh, yo soy más piadoso! Una vez, me colgaron los indios de las manos y me dio tanto gusto, que no puedo resistir el deseo de hacérselo probar a este angelito sin alas... Ayúdeme a columpiarlo.

Nino le ayudó a colgarle de los brazos. Era un suplicio indio que dejaba desgarrados los músculos con el peso y si feroz era el castigo ideado por Nino, no lo era menos el inventado por Kit.

Cuando les dejaron rugiendo de dolor, el mejicano se dirigió a Texas diciendo:

—Bueno va, *manito*, vámonos o así, que esos cánticos de alabanza me producen dolor de cabeza y la tengo muy sensible. Mira, todavía no me cabe el sombrero del golpe que ese sapo me dio con el revólver.

Texas no dijo nada. Abandonó el bosque y se dirigió a la carretera seguido de Nino y Kit. Jim preocupado con los datos obtenidos, estaba barajando muchos planes no solo para averiguar la verdad de la emboscada, sino para sus proyectos inmediatos.

Capítulo IV

Los caprichos del destino


RA casi de noche, cuando cansados y con los pies doloridos llegaron a Tohama, un pueblo en la margen del río por el que cruzaba un ramal del Sud Pacific construcción que llegaba hasta Sacramento. Desde allí y siguiendo la misma línea, volverían a subir hacia el Norte para alcanzar San Reno. El recorrido era largo pero careciendo de caballos, Texas no quiso exponerse a cruzar diagonalmente a través de las montañas para ahorrar un buen puñado de millas, sobre todo porque el terreno podía ofrecer margen a una nueva emboscada. Una hora más tarde, llegó un tren procedente del Norte, en el que se acomodaron y a primera hora de la mañana penetraban en la Capital de California.

A pesar del cansancio, Texas ordenó a sus auxiliares que se dirigiesen a un hotel que les señaló y él se encaminó a Telégrafos a cursar un telegrama a Washington. Quería cerciorarse plenamente de que el aviso era ficticio para trazar sus planes futuros.

Después se dirigió al hotel donde se acostó y a media tarde, llegó la respuesta de Snok. Esta decía:

> «Querido Jim:
>
> «Telegrama que citas apócrifo. No te he mandado aviso alguno e ignoro exista sabotaje en línea. Muévete con sigilo, pues presumo sea encerrona para anularte. Telegrafíame si precisas ayuda y tenme corriente sucesos. Abrazos.
>
> Snok.

Mostrando el telegrama a Nino, dijo:

—Aquí tienes la solución. ¿Qué te parece?

—Bueno va, *manito*, esto es cosa no más de ese *pringao* que maldita sea su figura, no hay quien le aplaste.

—¿Dónde crees que puede estar escondido ese sapo?

—Pues... quizá en Reno... Posiblemente en Elko, donde tiene mucho interés en vernos.

—Iremos, ¿no es cierto *manito*?

—Pues claro. Quiero darte ese gusto.

Se pertrecharon de algunas cosas que necesitaban, entre ellas revólveres y municiones y a la mañana siguiente, tomaron el tren

para San Reno.

Era mediada la tarde cuando el tren penetraba en la ciudad. La populosa estación fronteriza se hallaba cuajada de viajeros a través de la frontera.

A Texas le agradó aquel inusitado movimiento, pues era la mejor manera de pasar desapercibidos en la llegada. Temeroso de ser espiado, tomó toda clase de precauciones para abandonar el andén. No sabía que terreno pisaba respecto a Zenker y temía darse a ver antes ele tener tiempo a ser él quien descubriese a su enemigo. Texas que conocía muy bien Reno, se dirigió directamente a un hotel próximo a la estación. Era un buen local, poco bullicioso, donde le conocían y quería estar seguro el tiempo que permaneciese en la localidad hasta su salida para Elko.

El trío quedó instalado en dos habitaciones contiguas del primer piso y después de cenar, se acostaron dispuestos a emprender la marcha al día siguiente.

* * *

Zenker que no era hombre a quien gustase perder el tiempo, llevó a rápido término su proyectada boda con Vera. Dos días más tarde, se celebraba el enlace y la boda no pudo ser cosa más triste ni más desesperante para Vera, que todo lo había sacrificado en aras a la salvación de su padre.

Cuando regresaron de casa del pastor ya unidos, Vera arrojando con rabia su velo sobre una silla, dijo:

—Bien, ya ha conseguido usted todo lo que anhelaba. Me ha tratado como a la más vulgar de las mujeres comprándome al amparo de un lazo sagrado. No me quejo, puesto que he aceptado sin engaños su proposición, pero si exijo el cumplimiento de lo pactado.

Zenker triunfante, replicó:

—Yo cumplo todo lo que prometo en cualquier terreno. Yo he destacado a dos hombres de confianza que hagan averiguaciones en el rancho de Texas, para saber que ha sucedido con su padre. Ya tienen instrucciones para buscarnos según lo que tarden en saber algo. ¿Desea algo más?

—De momento no, salvo saber que vamos a hacer a partir de este momento.

Zenker sonrió irónico diciendo:

—Pues... creo que debemos tomarnos un par de días para celebrar nuestra luna de miel, ¿que menos?

—¡Oh sí, una luna tan feliz como la nuestra, requiere ese paréntesis! ¡Es usted un sibarita!

Él no queriendo agravar la tirantez, replicó:

—Escúcheme, Vera, es usted incapaz de aguantar una broma. Yo sé que nuestra unión no es nada más que un pacto un tanto original y hasta doloroso para usted, pero un pacto. Mi idea de quedarme aquí un par de días o tres, no depende de nuestra unión sino que obedece a que debemos hacerlo así. El telegrama a Texas está en curso. Usted le conoce y sabe su carácter impulsivo. Estoy seguro de que en cuanto lo reciba, tomará la diligencia y por el medio más rápido, se dirigirá a aquí para después marchar a Elko. Mis hombres le esperan en el lugar donde debe tomar la «Pony Espres», con orden de deshacerse de él en el camino, sin perjuicio de seguir las investigaciones en busca de su padre. Si lo consiguen, como espero, han de venir aquí a darme cuenta, en cuyo caso, no tendríamos que desplazarnos a Elko, sino ocuparnos directamente de la suerte del señor Spack.

A pesar del odio que Vera sentía por Texas, escuchaba a Zenker con los nervios en tensión. La sola idea de que Jim pudiese morir le encendía la sangre angustiando su alma, pero había exigido su muerte y debía obtenerla solamente por vengarse de Stella.

—Quiero también a Stella—dijo rabiosa—A esa la he de deshacer con mis propias manos.

—No tengo inconveniente en cedérsela. De Stella no estoy enamorado como de usted.

—¡No me haga reír, Zenker!

—Bueno... diré que no la he deseado nunca como a usted.

—Eso quizá sea más admisible. Usted no es capaz de sentir cariño por nadie.

—¡Quien sabe! Hasta los tigres saben concebir pasiones.

—Un tigre al lado de usted, es un manso cordero.

—Me honra usted con esos calificativos tan dulces, propios de una amante esposa, ¡Estoy orgulloso de esta unión!

—¿No tiene más que decirme?— preguntó ella despectiva.

—No, si usted no tiene más que preguntar.

Ella, tras un momento de duda, replicó:

—Sí; hay algo que no comprendo. ¿Por qué ha indicado a Texas que vaya a Elko y no deje de visitar «Vanity Fair»?

—Oh, es asunto muy sencillo. Yo soy un hombre muy comerciante. Sé que no todos los negocios se dan bien y rinden utilidad y en previsión, he emprendió varios. «Vanity Fair» es un excedente bar y garito, que recorre triunfalmente el trazado del

ferrocarril, produciendo pingües ganancias. Lo regenta como socio mío Jimmy Tirrel, un ex pistolero muy diestro con el Colt en la mano, quien me hizo algunos servicios y a quién ayudé en momentos difíciles. Tirrel recibió de mí el dinero para montar el negocio y gana hoy mucho más que robando ganado o asaltando bancos sin exposición de su vida. Me da una parte en él negocio y me sirve a ojos cerrados.

—¿Qué puede hacer él?

—Mucho. Si Texas se mete a ciegas en la trampa, visitará Elko y «Vanity Fair» y allí… allí encontrará la muerte cuando menos lo piense.

—¿Usted cree?

—¿Por qué no? Hay muchas maneras de deshacerse de un hombro y en un campamento salvaje de un ferrocarril, los que caen no tienen importancia. Los *sheriffs* son figuras decorativas cuando no están vendidos a los tahúres y pistoleros. Yo le aseguro que si se mete en la ratonera y cae allí va a ser muy difícil que nadie sepa de las andanzas de Texas, ni que ha sido de su vida. En Elko, el que cae es un desconocido al que se le entierra o se le abandona en una cortada para que lo devoren los buitres y nadie muestra interés en saber quién es, ni cómo se llama. Es el sitio ideal para nuestros planes.

Vera nada dijo. La astucia y el refinamiento de Zenker eran algo que no admitía controversia.

Zenker dejó a Vera para seguir preocupándose de todo su amplio plan de ataque a su feroz enemigo. Acostumbrado a ver fracasar sus más refinados proyectos, ya no tenía confianza en ninguno y se proponía ir acumulando peligro tras peligro, para salir al paso de Texas y abatirle si no era de una forma de otra.

Pasaron los dos días indicados por Zenker y éste se mostraba nervioso al no haber recibido ya noticias del imprevisto ataque que había organizado contra Texas para *ases*tarle un golpe definitivo antes de que aquél pudiese ponerse en guardia, pero aún no habían aparecido los secuaces que debían informarle del éxito o fracaso del plan.

Vera no le había preguntado nada pero en el gesto huraño y en la nervosidad de su flamante esposo, adivinaba que éste se encontraba preocupado sin tratar de disimularlo.

El matrimonio se había instalado en un hotel próximo a la estación y Vera, desde que regresara de casarse, no había salido de sus habitaciones, en las que pasaba las horas entregada a un hosco silencio.

La tarde del segundo día, poco antes de anochecer, Zenker regresó de una de sus innumerables salidas y al regreso se encontró con un telegrama a él dirigido. Lo abrió, leyéndole con indiferencia. Contenía buenas noticias, pero no para él.

Era un asunto del cual se estaba desentendiendo y si le seguía, era por cumplir su promesa a Vera.

Se dirigió directamente a la habitación de la joven y mostrándole el telegrama, dijo:

—Aquí tiene. Como verá, soy hombre que cumple sus compromisos. Lea.

El telegrama decía escuetamente:

> «Papá bien, está de huésped con T. Éste ha salido con su amigo de viaje. Espero instrucciones.»

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Vera.

—¿No lo descifra? Me lo remite uno de los hombres que envié a la hacienda de su «muy amado» Texas. Dice que su padre está bien, aunque preso en poder de Jim. Éste ha salido con Nino, seguramente, atraído por el cebo del telegrama. Mientras Jim esté fuera, la vida de su padre no corre peligro.

Ella sintió florecer en sus labios una sonrisa de esperanza, y dijo:

—Gracias por sus consoladoras noticias, pero con esto no hemos adelantado nada.

—Usted ha adelantado el saber que vive. De lo demás habrá que ocuparse ahora.

—¿Qué piensa usted intentar?

—Aún no lo sé, pues depende de muchas cosas.

—¿De qué?

—De las noticias que reciba de mis hombres. Si ha salido bien la emboscada a la diligencia, sólo tendremos que preocuparnos de rescatar a su padre. Si ha fallado, habré de dedicar preferencia a Texas. No olvide que sólo estando él fuera del rancho, su padre conserva una posibilidad de vivir. El haberle obligado a salir con precipitación, es lo que ha causado la demora en que tome represalias sobre él. Esperará a regresar y si no lo evitamos, despídase de volver a ver a su padre vivo.

Vera sintió una angustia infinita. Comprendía que Zenker estaba en lo cierto y a pesar de su sentimiento amoroso, comprendía que entre dos vidas tenía que escoger la de su padre.

—Gracias — dijo —. Esperaremos aunque me sienta morir de pena.

—Lo siento de veras, pero no puedo hacer más. Usted lo

comprenderá.

—No le culpo en esto, Zenker. Reconozco que en este asunto se está portando lealmente.

—Casi estoy por pedirle un beso como recompensa.

—¿Para qué? Usted sabe que no le sabría a nada dulce.

—Es cierto. Pero no es mía la culpa.

Abandonó la estancia, rabioso. Sabía que por mucho que se esforzase, la sombra de Texas se interponía entre él y aquella mujer dura y orgullosa.

Esto le movía a odiar a Jim aún con más violencia. Le había hecho mucho daño materialmente, pero en el terreno sentimental, le había derrotado para siempre y esta humillación no podía perdonársela.

Zenker se retiró a su habitación, esperando nuevas noticias, que ya tardaban mucho en llegar, y Vera se quedó sentada junto a la ventana que daba a la calle.

Casi frente, a su izquierda, el edificio de la estación se levantaba feo y renegrido por el humo de las locomotoras, pero Vera se distraía bastante a la hora de la llegada de los trenes, viendo entrar y salir la gente, que en particular ganaderos, «cowboys» y granjeros, eran el elemento que más viajaba en la línea.

Acababa de llegar un tren y Vera, de manera inconsciente, posó sus cansados ojos en el río de viajeros que afluían a la capital en compacto montón.

Miraba distraídamente, cuando se envaró. Algo había herido su retina de un modo violento, obligándole a reconcentrar su atención en el grupo de forasteros que fluía del andén.

Por un momento quedó tensa y pálida, con las manos aferradas al pecho por contener los latidos de su corazón, al tiempo que sus dientes se enclavijaban tratando de ahogar el grito estridente que había pretendido acudir a su boca.

Jim Texas, el propio Jim Texas, acompañado de su inseparable Nino Mendoza y otro tipo desconocido para ella, avanzaban cruzando el vano que se abría entre la estación y el hotel, y se dirigían a éste en línea recta.

Por un momento, todo su indomable valor cayó deshecho ante, la consciencia de un terrible e inmediato peligro y rehaciéndose, abandono violentamente su estancia para dirigirse a la de Zenker, donde penetró como una tromba, sin cuidarse de pedir permiso.

Zenker asustado, llevó la mano al revólver que descansaba sobre la mesa y de modo mecánico, encañonó a la joven pero al reconocerla, emitió un grosero juramento y advirtió:

—¿Qué diablos sucede? Otra vez no haga eso si no quiere que...

Ella corrió a él tapándole la boca desencajada y susurró:

—¡Silencio, Zenker! ¡Oh estamos perdidos!

Él palideció y sin soltar el revólver, miró a la puerta temeroso, preguntando:

—¡Por el infierno!... ¿Quiere hablar?

— ¡Texas!... ¡Texas entra en el hotel en este momento!

Zenker creyó que todas las montañas del Oeste se hundían sobre la cabeza y rechinando los dientes, rugió:

—¿No está usted loca?

—No. Acabo de verle por el vidrio de mi ventanilla. Ha salido de la estación en compañía de Nino y de otro individuo tan fuerte como el mejicano... ¡Dios mío!... ¿Cómo habrán podido averiguar que estamos aquí?

—Cállese, ¿quiere? ¿Quién le dice a usted que sabe que estamos aquí y que viene en nuestra busca?

—Pero...

—Sí, no siga... pero eso nada significa. Olvida usted que esto es un hotel y que aquí acuden muchos viajeros. ¿Usted cree que si supiese que estamos aquí se mostraría tan despreocupado aunque lleve una buena compañía? Sospecho que todo ha sido una coincidencia, aunque he de adelantarle que muy sospechosa y dolorosa para nosotros, pues la presencia de Texas aquí nos dice que el plan para eliminarle a la salida de su rancho ha fracasado no sé cómo.

—¿Está usted seguro?

—De no haber fracasado, él no estaría aquí.

—¿No puede haber averiguado que nosotros...?

—Puede haber averiguado que estamos en Reno, pero nada más. Yo no soy tan tonto que deje cabos sueltos. Quien tenía que traer noticias, debía esperarme en determinado lugar donde yo le vería. Aún en el caso de que Jim hubiese obligado a hablar a nuestros pistoleros, ninguno le ha podido descubrir nuestro paradero.

—Pero es terrible que sea precisamente aquí donde venga a parar. Estamos sobre un barril de pólvora.

Zenker que se había tranquilizado en parte, replicó:

—Sí, pero no sólo nosotros, sino él, con la ventaja por nuestra parte, de saber que está aquí, mientras él no sabe dónde estamos nosotros. Quizá esto haya sido providencial.

—¿Qué maquina usted? — preguntó ella atormentada nuevamente por la suerte de Texas.

Él pareció sospechar los sentimientos de Vera porque contestó

bruscamente:

—Nada extraño, Vera, simplemente ponerle en contacto con usted. Puesto que le interesa tanto la vida de ese hombre, ¿para qué me voy a exponer tontamente?

Ella reaccionando, repuso:

—No diga majaderías. Hemos quedado en que nuestros asuntos íntimos no juegan. Ese hombre me estorba para salvar a mi padre. Entre los dos, la elección no es dudosa.

—Bien, en ese caso, déjeme maniobrar. Usted no se moverá de aquí ni abrirá esa puerta para nada. Cualquier imprudencia haría explotar el barril y cogernos dentro.

—¿Y usted, que va a hacer?

— Déjeme meditarlo. Esto me ha cogido de sorpresa y no estaba preparado para intentar nada aquí. Veré si consigo preparar una buena trampa y si no, tendremos que esperar a encontrarnos en Elko, donde todo lo tengo en orden. Lo sentiría, porque nos evitaría ese viaje y algunos peligros más.

Zenker enmudeció e hizo señas a Vera para que no hablase. En el pasillo había captado fuerte rumor de pisadas y una voz inconfundible, la de Nino que decía algo.

Apagó el quinqué de un soplo y con el ojo pegado al vano de la cerradura, atisbo sin soltar el revólver.

Poco después, cruzaban por delante de la puerta Texas, Nino y Kit. Nino decía algo respecto al cansancio y Zenker adivinó, que por lo menos aquella noche la pasarían en el hotel reponiendo fuerzas.

Esto le daría margen a unas horas para planear alguna trampa en la que intentar cazar a tan escurridizo enemigo y se prometía no descuidar minuto para conseguirlo.

El trío dio la vuelta al pasillo internándose tras el recodo que éste formaba. Luego, sintió ruido de puertas y después nada.

Hizo un gesto de despedida a Vera que quedó temblando de emoción y con el sombrero echado sobre los ojos, abandonó furtivamente la estancia y bajó al bar, donde bebió un *whisky* para después salir a la calle.

Capítulo V

La muerte ronda en la noche



EXAS, en unión de sus dos valiosos auxiliares, cenaron temprano y después, decidieron descansar hasta el día siguiente que emprenderían el viaje a Elko.

Nino y Kit ocupaban para los dos una habitación contigua a la de Jim y éste, una más pequeña que daba a una corraliza del hotel.

Texas decidió dormir despreocupado. De noche, no podía intentar gestión alguna para localizar a Zenker en Reno. La población era demasiado grande y concurrida y además de exponerse a perder mucho tiempo, se exponía a la par a denunciar su presencia, cosa que quería guardar en el anónimo el mayor tiempo posible.

Durante el día siguiente, intentaría alguna gestión y si fracasaba, por la noche tomarían el tren que se dirigía a lo más avanzado de la línea.

Por un instinto de precaución que casi nunca descuidaba cuando se encontraba fuera de su rancho, guardó el revólver debajo del cabezal de la cama y colocó una silla en posición inestable contra la puerta. Quería precaverse contra posibles sorpresas si éstas surgían de modo inopinado.

Y con estas precauciones tomadas, durmió profundamente bien ajeno del peligro que estaba corriendo.

Eran aproximadamente las once de la noche, cuando Zenker regresó al hotel. Volvió satisfecho aunque con un recelo grande, pues ignoraba lo que la suerte le tenía reservado al penetrar en el edificio.

Primero pasó al bar casi desierto y como no observara movimiento alguno, decidió subir a la estancia de Vera. Ésta, destrozada de los nervios, se había pasado las horas con el oído atento a todo ruido extraño en el pasillo. Temía a cada momento ver abrirse la puerta de su dormitorio y enfrentarse con el hombre a quien más temía en el mundo.

Zenker llamó de forma convenida y ella le abrió ansiosamente.

—¿Algo nuevo? — preguntó el secretario.

—No. Deben haberse acostado. Estoy toda la noche pendiente de las puertas pero no he oído alguno.

—Magnífico. Esto nos beneficia. Prepare lo más elemental de su

atuendo y preparase a marchar.

—¿Nos vamos?

—Sí, dentro de unos tres cuartos de hora sale un tren para Elko. Quiero que nos vayamos sin que se den cuenta.

Ella le miró desconcertada y murmuró:

—Creí que habría preparado algo y...

Él rio siniestramente afirmando:

—Yo no descuido nada, Vera, parece mentira que me conozca y tenga esas dudas. Lo que no me gusta es estar al lado del barreno cuando explota. Si ha de coger u alguien la explosión, que no sea a mí.

—¡Ah!... Entonces...

—No se preocupe. Haga lo que le ordené. Mientras, dejaré ultimado el final.

Salió de puntillas al pasillo y estudió los departamentos. Luego, abrió la ventana del dormitorio de Vera y echó un vistazo al negro exterior. El vano daba a la corraliza por un ángulo opuesto y desde él, a la derecha, podían distinguirse las ventanas de los dormitorios del otro lado del pasillo.

Frente a la fachada del edificio en la corraliza se levantaba una especie de cobertizo de tejadillo casi plano que rozaba la cerca. A la luz de la luna, Zenker estudió el cobertizo. Desde el remate de la cerca podía ser alcanzado el tejado con facilidad.

Satisfecho, cerró la ventana y volviéndose a Vera que guardaba algunas cosas en su maletín, dijo:

—Espere un momento que regreso rápidamente. Voy a realizar una gestión ahí fuera.

Salió del hotel. Enfrente, dos individuos de aspecto sospechoso, aguardaban mascando tabaco y escupiendo contra los troncos de los árboles.

Zenker les hizo señas para que le siguieran y con ellos a la zaga, dio la vuelta al edificio alcanzando la parte trasera.

El secretario señaló la cerca diciendo:

—Si alcanzáis el tejado del cobertizo, las ventanas de la izquierda son las que corresponden a los dormitorios. Son la tercera y la cuarta. Me interesan los que ocupan las dos habitaciones.

—Bueno patrón, el asunto puede ser fácil, pero el peligro también. Aunque esto está oscuro y solitario...

—Tenéis los caballos a diez metros de aquí y conocéis el lugar donde os acogerán y os tendrán ocultos hasta que pase el revuelo. Son mil dólares, no lo olvidéis.

Saco la cartera entregando cinco billetes de cien dólares a cada

uno y agregó:

—Cuando alcancéis el refugio, os entregarán el resto.

—¿Va a estar usted muy lejos, patrón?—preguntó uno.

Zenker astutamente, replicó:

—Estaré dentro. No olvidéis que hasta las doce no debéis intentar nada. Ahora, voy a sacar de allí a mi mujer por si acaso y cuando la haya dejado en lugar seguro, volveré. Cuando suenen las doce en el reloj del Ayuntamiento, maniobrar.

Dejó a los dos rufianes a la espalda del hotel y regresó a éste. Penetró en su dormitorio, recogió algunas cosas y dijo a Vera:

—Salga por delante. Oculte ese maletín debajo del vestido hasta que esté fuera y diríjase a la estación. Yo la seguiré pronto.

Vera angustiada, obedeció. El encargado del mostrador la vio salir, pero no hizo aprecio al observar que no llevaba equipaje alguno.

Poco después, Zenker la seguía y rectamente se dirigió a la estación donde ya esperaba Vera.

—¿Todo bien?

—Todo. Cuando nos echen de menos, estaremos a un buen número de millas. Este tren es un mercancías con algunos vagones para viajeros. Mañana en una estación del tránsito, cambiaremos de tren tomando el rápido para Elko.

Y desaparecieron en el interior del andén.

Acababan de sonar las doce, cuando Nino que poseía un sueño ligero, despertó sobresaltado. Sobre el cristal de la ventana, había tamborileado algo al chocar contra él.

Nino quedó tenso escuchando. No estaba muy seguro de que fuese cierto y en la duda, esperó.

Un nuevo y débil chasquido, se produjo en el cristal y esta vez fue Kit el que también lo captó despertando,

—¿Qué es eso? — preguntó el mayoral.

—Pues, no sé, pero creo yo que han llamado ahí...

Ambos se arrojaron del lecho dirigiéndose a la ventana. Kit más ligero que el mejicano, fue el primero en llegar y abrir el vidrio.

Súbitamente, el silencio de la noche quedó desgarrado por el vibrar retumbante de dos detonaciones y el infeliz mayoral emitiendo un rugido de dolor, cayó hacia atrás en brazos de Nino, que en aquel momento intentaba asomarse por detrás de él.

La luz de la luna penetraba por la ventana formando un recuadro azulado y el mejicano sintiendo que le temblaban todas las carnes pese a su valor, dejó caer el cuerpo del mayoral con estrépito. El tiro le había dado en plena cara y esta solo era una

masa de carne sangrienta.

De modo inconsciente sintió ruido de cristales rotos y el estampido de una detonación más próxima y algo le dijo al corazón que aquel era el revólver de Texas replicando.

Atontado captó un agudo grito de agonía y rehaciéndose se lanzó imprudentemente a la ventana con e1 revólver empuñado.

Un bulto con figura humana caía en aquel momento de cabeza, a la corraliza desde el tajadillo del cobertizo fronterizo y otra silueta elástica, saltaba como un mono desde él, alcanzando el remate de la tapia.

Nino estiró el brazo contraído por la rabia y disparó al tiempo que al otro lado ladraba otra arma. El individuo que se disponía a saltar al otro extremo del tapial, quedó encogido en el intento y luego, vacilando, cayó hacia atrás dentro de la corraliza, para clavar la cabeza en la tierra donde quedó inmóvil a tres metros de su compañero.

Nino al observar que no había nadie más a la vista, abrió la puerta y salió al pasillo en el momento en que Texas con el revólver aún humeante, hacía lo propio.

Texas pálido y desencajado al descubrir a Nino, perdió la rigidez de su semblante y preguntó con extrañeza:

—¿A quién dieron, Nino? Creí que había sido a ti...

—¡Oh no, maldito sea su corazón! Fue a ese pobre Kit... Le han destrozado la cara y... ¡maldita sea Sonora!... tengo que declarar que me ha salvado la vida.

Un movimiento inusitado se observó en el hotel. Los viajeros que habían sido sorprendidos en pleno sueño, salían a los pasillos impresionados, mientras el personal, nervioso corría de un lado a otro preguntando que sucedía.

El encargado del hotel alcanzó el pasillo y al ver a Texas, preguntó:

—¿Que fue eso, capitán?

—Algo grave, señor Kindal. Han pretendido deshacerse de nosotros desde un cobertizo que hay en la corraliza... No lo han conseguido, pero han matado a un infeliz conductor de diligencias que nos acompañaba. Ahí lo tiene usted. Ocúpese de él mientras yo bajo a ver que saco en limpio de esta emboscada.

Nino se dispuso a acompañarle, pero Texas imperioso ordenó:

—Quédate ahí y no dejes salir a nadie. Sospecho que pueda haber aquí dentro alguien relacionado con este suceso.

—¡Maldita sea Sonora! Como sea verdad y caiga en mis manos... Ándale y no pierdas tiempo, *manito*.

Texas descendió, al piso inferior y atravesando las dependencias, salió a la corraliza con el revólver empuñado pero nadie le atacó ni disparó sobre él. Allí reinaba la calma más absoluta y solamente las contraídas figuras de los dos agresores, aparecían en tierra sin dar señales de vida.

Texas se acercó a ellos. La luz de la luna iluminaba sus facciones contraídas por la rabia y el dolor, pero del examen no sacó nada en limpio, pues no les conocía. Recogió las armas; dos «Colts» del 45 y luego registró sus ropas. En el bolsillo de uno de los pistoleros, descubrió cinco billetes de cien dólares.

—Por lo menos sabemos el precio de nuestras vidas—murmuró — lo que necesito saber es quien las ha tasado.



—¿No serán los muertos?

Salió al exterior comprobando que se podía saltar la tapia con facilidad. Con el revólver empuñado, recorrió los alrededores sin encontrar a nadie, pero en una esquina, junto a otro tapial, descubrió dos caballos trabados.

— ¡Ya! Tenían todo preparado para la huida. La cosa estaba muy bien estudiada.

Regresó al hotel. El cuerpo del infeliz Kit yacía sobre el lecho pero nada se podía hacer por él.

—¿Ha intentado salir alguien, Nino?

—No *manito*, nadie se ha movido.

Se dirigió al encargado ordenando imperiosamente:

—Haga el favor de avisar a los huéspedes que se presenten todos en el bar dentro de un cuarto de hora. Quiero conocerles y saber si hay alguien que me interese particularmente.

Kindal no protestó. Comprendía que el asunto era grave y conociendo la autoridad de Texas, no podía oponerse a ella.

Pasó recado a, todos los viajeros y al cuarto de hora tenía reunidos en el bar a veintidós.

Tras examinar sus rostros en los que se leía el asombro y el terror, exigió que le fuesen demostrando su personalidad. Todos exhibieron documentos acreditativos que les alejaba del radio de acción en el que se movía el aventurero.

—¿Están todos los viajeros presentes?—preguntó.

Kindal tras examinar los libros de entrada repuso:

—Faltan dos.

—¿No serán los muertos?

—No son un hombre y una mujer…

El mozo de la puerta se adelantó para advertir:

—Pero salieron hace más de una hora. Han debido ir a dar un paseo.

Texas acometido de una corazonada, exclamó:

—¿Quiere decirme cuáles son sus habitaciones?

El encargado le acompañó al pasillo, mostró los dormitorios. Estos se hallaban desiertos y en ellos quedaban algunas prendas en desorden por encima de los lechos.

Texas abarcó las estancias con extrañeza. Aquello no parecía cosa normal y cuando iba a salir para hacer una pregunta descubrió un papel arrugado a los pies de una cama.

Lo tornó con curiosidad y le leyó.

El contenido le produjo un escalofrío y buscó el destinatario. Estaba dirigido a nombre de Oliver Z. Miles.

Con impetuosidad salió al pasillo gritando:

—Kindal, haga el favor de darme los nombres de esos viajeros que faltan.

—En el libro constan como Oliver Z. Miles y Vera S. Allan.

Texas lanzó un rugido de ira. Ahora adivinaba todo lo sucedido y sabía positivamente de donde había partido el golpe.

—¿Qué te pasa *manito*, que estás tan furioso?—preguntó Mendoza.

—¿Que me pasa? ¡Maldita sea Sonora como tú dices! Que hemos tenido tabique por medio a Zenker y a Vera y nos enteramos ahora, cuando hemos estado a punto de caer en esta asquerosa emboscada.

Toma, lee.

El mejicano se rascó la cabellera mascullando:

—¡Maldito sea el caballo de Atila! Y ahora, ¿qué, *manito*?

—¿Ahora? Dios sabe dónde estarán ya. Dejaron la mecha encendida y se largaron en previsión de que les alcanzasen los cascotes. Zenker es mucho Zenker para despreciarle como enemigo.

Texas se disculpó con los viajeros dejándoles en libertad y se encerró con el encargado pidiéndole detalles de los viajeros huidos.

Kindal poco pudo decir. Se habían presentado como matrimonio aunque pidieron dos habitaciones contiguas.

—¿Matrimonio? — preguntó extrañado Texas. — ¿De cuándo acá han podido casarse la hiena con el tigre?

—No sé, ellos dijeron que erar un matrimonio en plena luna de miel.

Texas se quedó dudando. ¿Habría claudicado Vera a las pretensiones de Zenker solamente por asegurarse su colaboración en aquella lucha terrible?

Esto le llevó a recordar el texto del telegrama. Era indudable que se refería a él y al padre de Vera y que alguien rondaba el rancho con pretensiones de libertar al prisionero.

Tenía que tomar medidas a pesar de su ausencia y cuando fuese de día, telegrafiaría al rancho para ordenar que se montase una activa guardia en derredor de la prisión y que se hiciesen registros a fondo por los pastos y los alrededores.

En cuanto a Zenker, ya no abrigaba ilusiones de poder localizarle. Seguramente había huido de Reno, aunque estaba seguro de que no tardando mucho tendría que tropezar con él en Elko si no era antes.

Ya no podía salir de allí por la mañana del siguiente día. Tenía que preocuparse del cadáver del infeliz mayoral a quien debía procurar una decente y última morada y solo cuando hubiese cumplido aquel deber de lealtad para con el muerto, emprendería el viaje decidido a enfrentarse con su terrible enemigo y al librar la batalla decisiva, incluso en el terreno que este había elegido para darla con ventaja.

Capítulo VI

Corriendo junto a la muerte



L día siguiente mediada la mañana, fue enterrado Kit. El *sheriff* informado de los sucesos de la noche anterior, trató de hacer algunas averiguaciones, pero Texas le disuadió diciendo:

—No se moleste. Los pájaros se han escapado de la jurisdicción de sus jaulas. Yo sé dónde tendré que encontrarles para pedirles cuentas.

Después del entierro, telegrafió al rancho recomendando mucha vigilancia sobre Spack y ordenó que si había algo de qué informarle, lo hiciesen a Elko a la oficina de Correos, dando un nombre supuesto para ello. Cumplidos todos los requisitos, tomaron el tren mediado el día con dirección a Elko. La distancia era grande y tardarían tres días largos en llegar, pero los trenes estaban en su iniciación y no se les podía exigir grandes velocidades.

Texas tomó toda clase de precauciones una vez en el convoy. Temía que en él viajasen pistoleros encubiertos y ya tenía bastante con la sorpresa sufrida en el hotel.

Pero el registro no le dio luz alguna. Los viajeros que fue encontrando no le inspiraron sospechas y más tranquilo, regresó a su departamento a estudiar la situación y combinar algunos planes ante posibles emergencias.

La noche transcurrió en completa calma. Ambos se turnaron velando y cuando llegó el día, habían dejado muy atrás Reno.

Mediado el día siguiente, alcanzaron el lago Humboldt donde desemboca el rio del mismo nombre. Era un lago grande, limpio y brillante, en el que el sol refulgía como fuego derretido.

Más arriba del lago, pasado un pueblo llamado Lovelocks el tren cruzaba el curso del río para después continuar bordeándole por la margen izquierda hasta Elko. El cruce debían hacerlo por un puente de madera bastante sólido, pues aún no se había proyectado la construcción de otro de hierro y cemento.

El tren atravesó el puente a una velocidad bastante grande debido a la recta que llevaba. Algunos viajeros se habían asomado a las ventanillas para contemplar el paisaje, en el que grandes rebaños de ovejas se *dise*minaban por la verde llanura.

Junto a la orilla izquierda del río, próximos a la línea, se erguían

algunos taludes cubiertos de espesa vegetación y detrás de estos, un oscuro bosque se perdía de vista cortando la llanura.

Apenas había iniciado el convoy la entrada en el puente, cuando a su paso y desde los taludes, vibraron secas y restallantes varias detonaciones y unas ligeras volutas de humo azul se elevaron entre el boscaje. Un grito ronco siguió como un eco a los disparos, pero cuando los viajeros quisieron reponerse de la impresión para haber replicado, ya el tren se deslizaba rugiendo por el maderamen del puente

Texas se lanzó como un meteoro a la ventanilla con el revólver empuñado y hasta consiguió disparar un par de tiros sobre los taludes, pero se perdieron de vista, mientras el convoy seguía recto su paso por el puente.

Nino se acercó a él exclamando:

—¡Maldita sea Jalisco! ¿A que habrán venido esos disparos…? No los han hecho contra nosotros, creo yo…, han disparado más adelante…

Texas iba a decir algo, cuando dos viajeros cruzaron la plataforma irrumpiendo en el vagón aterrados. Casi no podían hablar de miedo y solo acertaron a balbucir.

—¡Han… han… matado al… maquinista!

Texas se dio rápida cuenta de lo que la noticia podía significar. Si habían disparado contra la máquina, había sido con la intención deliberada de eliminar al maquinista y dejar el tren sin gobierno para que descarrilase en cualquier punto de la vía.

Lanzando un terrible juramento, abrió la portezuela y echó una mirada hacia adelante. El tren salía del puente en aquel momento y se deslizaba por una pronunciada pendiente hacia el valle.

Jim sin dudarlo, saltó al estribo y se dispuso a recorrer los vagones hasta alcanzar la máquina. El convoy se deslizaba a la aventura sin control alguno y cualquier desnivel o recodo de la línea podía hacerle descarrilar.

Texas sabía algo de trenes aunque no mucho. Había manejado las empíricas locomotoras de los primeros ramales férreos durante la guerra y no creía muy complicado poder detener la marcha de aquel.

Jim iba ganando terreno no sin grave exposición de salir despedido de los estribos al menor coletazo del tren y docenas de ojos le seguían; ávidamente desde los vanos de las ventanillas anhelando que llegase a tiempo de evitar la catástrofe.

Texas miró un momento hacia atrás y descubrió a Nino siguiendo sus pasos. El mejicano nada sabía de trenes pero como un

perro fiel, seguía a su jefe en el peligro.

Texas continuó ganando terreno, pero al echar un vistazo hacía la máquina, palideció. La vía se curvaba de un modo violento varias docenas de yardas más adelante y por si esto no constituyese ya un serio peligro, acababa de descubrir atravesados sobre los raíles varios-gruesos troncos de árbol.

Comprendiendo la idea y convencido de que ya nada podía intentar para detener el convoy, se volvió angustiado a Nino gritando:

— ¡Por el Infierno!... Arrójate a tierra Nino... ¡arrójate! El tren va a descarrilar de un momento a otro.

Dando el ejemplo, se curvó sobre el pasamano y se dejó caer hacia atrás encogido, buscando una caída que le permitiese rodar sobre la hierba para no troncharse los huesos al caer. Nino procuró imitarle aunque su pesadez no le permitió maniobrar con la misma soltura y precisión.

Ambos cayeron sobre la hierba. Texas rodó como una pelota varios metros hasta quedar detenido sin detrimento alguno, mientras el mejicano con los huesos machacados, quedaba jadeante y dolorido en tierra.

Inmediatamente, un estrépito horrísono de hierros chocando unos con otros, seguidos de docenas de alaridos de terror, rasgaron el silencio de la pradera y el tren al chocar contra el obstáculo de los árboles se precipitó sobre la máquina estrellándose unos vagones contra otros.

La locomotora empezó a arder, algunas unidades habían caído de costado y los viajeros clamaban dentro aprisionados por los retorcidos restos, y el cuadro no podía ser más triste y doloroso.

Texas se levantó rápidamente corriendo hacia el destrozado convoy, seguido de Nino, quien aunque se sentía quebrantado, poseía ánimos suficientes para prestar auxilio a los siniestrados.

Algunos que habían resultado indemnes, surgían por las ventanillas o entre las astillas de los vagones dispuestos a unir sus esfuerzos a los de la brava pareja pero cuando se disponían a emprender su humanitaria labor, alguien gritó:

—¡Forajidos!... ¡Forajidos!

Texas dio media vuelta descubriendo como de unas depresiones del terreno, habían surgido hasta una docena de individuos a caballo, quienes armados de revólver galopaban raudamente hacia el tren.

Texas de un salto felino, alcanzó un vagón volcado, escurriéndose entre sus restos, al tiempo que gritaba:

—Nino a mí... ¡los que tengan revólveres busquen un refugio y disparen sin compasión!

Algunos viajeros—«cowboys» de los ranchos de las praderas empuñaron sus armas y trataron de parapetarse donde mejor les fue posible, mientras Texas y Nino con su doble juego de revólveres en la mano esperaban el ataque.

El pelotón de jinetes avanzó disparando sobre el tren rabiosamente. Buscaban a los viajeros con saña y no respetaban su calidad o sexo

Pero los «colts» de Texas y Nino ladraron furiosamente manejados con furor por los dos aventureros y los cuatro primeros jinetes que formaban la partida, fueron alcanzados de manera fulminante antes de que tuvieran tiempo de llegar al destrozado convoy.

Dos cayeron de cabeza por delante de sus caballos. Otro, se mantuvo un momento en la silla para caer de costado sin tiempo de sacar el pie del estribo, lo que motivó que su asustada cabalgadura le arrastrase siniestramente por la pradera al huir y el cuarto, inclinado sobre su montura, pudo escapar perseguido por nuevos disparos.

Por un momento, los forajidos vacilaron al comprobar el desastroso comienzo de su ataque, pero la ira de verse así diezmados les obligó a intentar con más saña el asalto.

Su audacia les condujo a una derrota fulminante. De nuevo Texas y el mejicano bien parapetados tras los restos de un vagón, concentraron sus mortales «colts» sobre ellos y tres jinetes y un caballo cayeron abatidos por sus certeros disparos.

Un viajero tuvo la suerte de cazar al jinete desmontado cuando intentaba subir al caballo de otro de sus compañeros y los cuatro restantes intentaron la huida.

Texas impetuoso al verlos iniciar la retirada, abandonó su refugio y asiendo por las bridas a uno de los asustados caballos que correteaba, en derredor del convoy, saltó sobre él y se lanzó en pos de los fugitivos.

Éstos al darse cuenta de la persecución, trataron de evitarla disparando rabiosamente, al tiempo que galopaban y los proyectiles silbaban siniestramente junto a Texas, quien desdeñándolos, sólo trataba de darles caza. Por dos veces su revólver tronó y por dos veces dos hombres rodaron a tierra mortalmente heridos.

Pero no pudo completar su obra. Un disparo alcanzó en la cabeza a su montura y Texas tuvo que saltar rápidamente de ésta antes de que el agónico animal le arrojase de su lomo como a un

muñeco.

Poco después, se incorporaba a él Nino que había conseguido apresar otro de los caballos sueltos, pero ya los dos fugitivos se habían perdido por las trochas del terreno y perseguirles hubiese resultado una labor pesada y acaso inútil.

Se iban a retirar hacia el tren para seguir prestando ayuda a las víctimas, cuando Nino observando que uno de los rufianes caídos se movía tratando de incorporarse, llevó de nuevo la mano al revólver rugiendo:

—¿Todavía vives cerdo *pringao*? ¡Maldita sea Jalisco! Ahora verás cómo…

Texas se lanzó sobre él dándole un manotazo en el revólver cuando disparaba y enviando el arma lejos.

Luego gritó:

—¡Imbécil!… ¡Le necesito vivo!

El mejicano azorado, recogió el arma y siguió a Texas que había corrido hacia él, llegando a tiempo de administrarle un terrible puntapié en la mano, en la que había conseguido empuñar el revólver.

El bandido desangrándose por el pecho, gruñó:

—¡Así te trague el infierno conmigo, maldito sea tu corazón! No siento más que no haber podido acabar contigo como era mi idea… No me importaban los trescientos dólares que me daban por tu muerte, sino quitarte de en medio… Teníamos esa deuda… y ya… ya… no… Podré… saldarla…

Texas le sacudió con fuerza gritando:

—¿Trescientos dólares por mi muerte? ¿Quién te los había ofrecido? Habla o te trituro.

—No lo sabrás nunca, cerdo.

Texas se inclinó para afianzarle por el cuero, pero el bandido en un supremo esfuerzo, alargó su pie derecho calzado con una enorme bota y lo aplicó con fuerza sobre el pecho de Texas, quien cogido de sorpresa, salió despedido de espaldas rodando por la pradera.

Nino saltó como un tigre sobre el rufián y aferrándole del pie furiosamente, tiró de él arrastrándole como un fardo hacia el tren siniestrado. Luego, hizo una flexión, lo medio elevó en el vacío dando vueltas con él como sobre un eje, formando un aspa de molino con su cuerpo tenso en el vacío y por fin, lo soltó haciéndole salir disparado a una distancia de más de ocho metros.

El cuerpo fue a chocar contra el ingente brasero que formaba la máquina y cayó entre las brasas al tiempo que se retorcía como un sarmiento entre las brasas y cuando Texas repuesto quiso acudir, ya

era tarde. El bandido se estaba convirtiendo en un carbón.

Texas apretó los dientes y nada dijo. Comprendía la irritación de Nino y disculpaba sus arrebatos de ira.

Mecánicamente saltó a un destrozado vagón a ayudar a los viajeros, que atraídos por los gritos de los heridos, se habían desentendido de la lucha por no poseer armas para intervenir y coadyuvó a la tarea de extraerles de entre las astillas. Por fortuna, el siniestro había sido más aparatoso que trágico y salvo dos viajeros que habían resultado muertos, el resto pudo ser salvado, aunque entre ellos había algunos heridos de consideración.

Mientras actuaba, Texas daba vueltas en su imaginación a las manifestaciones del pistolero. Había hablado poco, pero lo suficiente para que se hiciese una idea de donde había partido el golpe.

El caído debía tener contra él algún resentimiento antiguo. Quizá fuese un miembro disperso de alguna de las cuadrillas por él diezmadas... acaso perteneciese a los forajidos que Zenker solía emplear en sus ataques, pero era indudable que la emboscada había partido del cruel secretario, quien no se resignaba a dejarle dirigirse directamente a Elko, quizá porque no estuviese seguro, de que allí pudiese batirle.

De todas formas, esto indicaba que Zenker no se dormía. Apenas si había tenido tiempo de ponerse a salvo huyendo de Reno y ya había podido maniobrar para cortarle el paso en el camino. Aquel hombre era de un dinamismo agobiador y cada vez, sentía por él más respeto.

Cuando ya no quedó ningún viajero entre los restos del convoy y fue deshaciéndose de las manifestaciones de agradecimiento y admiración que le prodigaban por su bravura, exclamó:

—Señores, lo principal ahora, es conseguir socorros para los heridos. ¿Quién de ustedes conoce bien esto?

Un granjero se acercó a él diciendo:

—Yo, señor.

—¿Cuál es la estación más próxima?

—Rie Pacht. Está a unas veinte millas más allá de los depósitos de sal.

—¿Que depósitos?

—Siguiendo el curso del rio a la derecha, los podrá ver. Es una extensa salina bastante amplia.

—Bien, aprovechando que han quedado aquí algunos caballos de esos rufianes, mi compañero y yo nos vamos a adelantar al pueblo a dar cuenta de lo ocurrido, para que les envíen una máquina de

socorro o carruajes para transportar a los heridos. También daremos cuenta al *sheriff* del suceso para que actúe si tiene forma de hacerlo.

Se despidieron de los viajeros y montando a caballo, emprendieron la marcha a todo galope. Las monturas eran excelentes y al rayar la noche, podían estar en el poblado.

Como el granjero les había indicado, a su derecha se extendía la sábana blanca de una salina enorme. Era un terreno ideal para una explotación que en aquella fecha no se había iniciado aún.

Ya había cerrado la noche, cuando llegaron al poblado. En la estación, el jefe se encontraba preocupado por el retraso sufrido por el tren y aunque había telegrafiado a Lovelocks, en este pueblo le comunicaron que el tren había pasado por allí sólo con diez minutos de retraso sobre el horario previsto.

Cuando tuvo noticias del suceso, se apresuró a preparar una máquina y un vagón, para prestar auxilio a los heridos y Texas le preguntó:

—¿Cómo podremos continuar el viaje hasta Elko?

—Pues… no sé aún… ¿Ha sido grande el siniestro?

—Sí. El tren ha quedado destrozado y carbonizado. Hay tarea para más de dos días si quieren dejar la vía libre.

—Tendré que telegrafiar a Lovelocks para que detengan el tren ascendente y habrá que formar otro en Mili City. Si quieren salir mañana en él, deberán hacer aún diez millas a caballo.

—Las haremos. Tenemos que continuar rápidamente.

Texas buscó al *sheriff* a quien informó por cortesía de lo ocurrido, aunque sabía que ya nada podía hacer y luego, seguido de Nino, emprendió la marcha hasta el próximo poblado dónde llegaron a media noche;

Allí fueron informados de que se estaba formando un pequeño convoy hasta Elko para no interrumpir el tráfico en aquel trozo de la línea y podían salir en él a las nueve de la mañana.

Los dos aventureros durmieron en una posada del pueblo y a la hora fijada, salieron de allí en un convoy que arrastraba seis vagones. Era un tren puente para reanudar el tráfico hasta Elko y regreso, mientras quedaba la vía expedita.

El tren lento y pesado, tardó tres días en recorrer las ciento ochenta millas que les separaba de la capital y era mediado el día cuando el convoy entraba cansado y resoplando en la estación.

Capítulo VII

Un paréntesis en la carrera



ENKER era uno de los hombres más dinámicos de toda la Confederación.

Cuando se entregaba a una tarea en la que poseía gran interés, las horas no contaban para él y era capaz de pasar tres días entregado al trabajo sin sentir la fatiga ni el sueño.

Su huida de Reno aunque no le permitió comprobar si el complot había cuajado, no por eso iba a dejar de estar informado de lo que sucedía. En la capital fronteriza quedaba quien debía remitirle un telegrama a Hazen, donde lo recogería en la estación teniendo así noticias directas del suceso.

Cuando el tren se detuvo en dicho poblado, preguntó si había llegado un telegrama a nombre de Albert Stigg. Había adoptado aquel nombre para despistar.

El telegrama acababa de llegar y Zenker no quiso abrirle hasta hallarse en el compartimiento con Vera. Allí lo rasgó y un rugido de furor brotó de su pecho.

—¿Otro fracaso?—preguntó Vera irónica.

—Sí, otro... y otro... a ese hombre le protege el diablo. La cosa no pudo quedar mejor preparada y sin embargo vea lo que dice:

«Negocio fracasado. Tex bien. Un amigo sufrió un accidente grave. Peter y Jack han salido para un largo viaje.»

—Todo lo cual quiere decir...

—Que Texas ha salido indemne pero que a uno de sus hombres le han herido grave. En cuanto a los dos pistoleros encargados de acabar con Texas, parece que los han liquidado a tiros.

—Sí, realmente ese hombre ha nacido de pie —comentó Vera sin saber si alegrarse o sentir el percance.

Y lo malo es, que ya nada vamos a poder intentar hasta Elko. Hubiese preferido liquidar este asunto, antes de llegar allí. En fin, volveremos a empezar.

Ambos se sumieron en un hosco silencio. Cada cual se entregó a sus íntimos pensamientos y éstos no podían ser más encontrados.

El tren se detuvo en Lovelocks, muy de mañana y Zenker que se sentía mareado en el vagón, abrió el cristal de la ventanilla y echó un vistazo al andén.

Una silueta alta y recia, apoyada contra unos fardos, atrajo su

atención. Se trataba de un individuo de no muy recomendable aspecto. Vestía un poco derrotadamente, pero lucía al cinto un soberbio «Colt».

Zenker le miró un momento y al reconocerle, ahogó un grito de alegría.

Volviéndose a Vera, dijo:

—Escuche, Vera, no hay tiempo que perder. El tren va a partir dentro de cinco minutos y me quedo aquí.

—¿Cómo?

—Sí, escuche. Aquel individuo que ve allí recostado, es uno de los mejores hombres que empleaba su padre en asuntos peligrosos. Huyó con vida cuando el asunto de la presa allá en Texas y no había vuelto a saber de él. Éste puede ayudarnos a salir al paso de Texas y liquidarle. Es hombre a quien nada le asusta.

—Pero…

—Usted seguirá el viaje hasta Elko y me espera en el hotel Washington, Yo voy a ponerme al habla con él y si cuenta con gente, podemos intentar el golpe en el viaje. Libre de usted podré maniobrar con más desahogo si la cosa no resultase bien.

—Pero… ¿volverá usted allí?

—En cualquiera de los casos. Ya le he dicho que tengo intereses en la línea. El «Vanity Fair» es un buen negocio del que no me ocupo hace algún tiempo. Aparte de eso, allí estaremos más seguros de momento.

Vera se resignó. El tren anunciaba su marcha y Zenker saltó al andén cuando la locomotora empezaba a rodar. Saludó a Vera con la mano y luego se dirigió lentamente hacia el individuo, quien con la pipa entre los dientes miraba de una manera furtiva en derredor.

Pronto descubrió a Zenker y sus ojos duros y fríos se clavaron en él con insistencia, pero de repente, se arrancó la pipa de la boca y abrió ésta con el mayor asombro.

Zenker le hizo un gesto amistoso indicándole la salida y el pistolero entendiéndole, esperó a que desapareciese del andén para seguirle.

Cuando estuvieron fuera, se acercó a él exclamando:

—Pero, señor Zenker, ¿cómo diablos usted por aquí?

—¿Y tú?

—Yo… pues… tuve que cambiar de clima… No es este muy alimenticio, pero si algo más seguro… ¿Qué hace usted viajando por la línea?

—Es largo de contar, Paul, pero buscaba un hombre de tu temple para un asunto peligroso. ¿Tienes algo importante a la visa?

—Pues... ¡phs!... Estaba esperando noticias de un tren ganadero que debe subir para Elko. Puede ser un buen negocio ese de la carne... cuando otros la compran y uno se queda con ella.

Y rio siniestramente el comentario.

—Eso quiere decir que cuentas con gente.

—Pues sí... he reunido una docena de descarriados y vamos a ver si nos organizamos en serio. Por aquí es fácil operar. El terreno se presta a camuflarse.

—Me alegro mucho de que así sea. Yo tengo algo que quizá te interese más.

—Según. El ganado...

—No valores demasiado eso, Paul. Podría salirte mal... Yo tengo algo que te puede valer trescientos dólares para ti y ciento para cada uno de tus hombres.

— ¿De qué se trata?

—De acabar con «un amigo tuyo» al que debes tener muchas ganas de volver a ver.

—¿Un amigo?

—Sí, el capitán Jim Texas.

El pistolero se envaró desatándose en maldiciones contra él. Había estado a punto de ser copado la noche del ataque a la presa y pudo escapar con un tiro en la espalda.

—Si se trata de él —repuso— dejo todo lo que puedan ofrecerme. Esa deuda tengo que saldarla.

—Pues guíame a alguna taberna donde podamos comer algo y charlar sin testigos. Te daré pormenores.

Paul le condujo a una taberna de los arrabales y allí discutieron el plan de ataque.

Fracasado el intento de Reno, Texas se apresuraría a salir para Elko y convenía detener el tren y buscarle para deshacerse de él.

Paul, hombre que no se detenía ante nada, dijo:

—Déjeme ocuparme de eso. Voy a detener todos los trenes que suban para el Nordeste y en alguno vendrá.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Pondré obstáculos en la vía y haré señales para detenerlos. En alguno dará señales de vida.

—Ten cuidado con él, Paul, ya lo conoces.

—Por eso que le conozco estoy interesado en deshacerme de él. No es por lo que usted me ofrece, sino por vengarme de aquella derrota y de aquella herida.

Ya de acuerdo, Zenker buscó una posada dónde quedarse y Paul se dedicó a reclutar su gente para el ataque. Por la roche, el

pistolero acudió en su busca.

—Ya lo tengo todo preparado. Mañana detendré el exprés de Reno. Esperemos, que vengan en él.

Zenker no le dijo que pensaba asistir como espectador del drama. Tenía miedo a un fracaso en el que además del peligro que representaba Texas, podían volverse contra él sus propios aliados y denunciar su presencia cercana.

Así, cuando la cuadrilla abandonó el poblado para situarse cerca del lugar donde el tren debía descarrilar, buscó unos terraplenes en el lado opuesto y desde allí escondido entre la maleza, esperó.

Fue para él una sorpresa el que el tren no se detuviese como Paul le había prometido. El bandido no se molestó en cumplir su plan, por el contrario, hombre sanguinario y amargado, destacó dos hombres que tenían la orden de matar al maquinista del tren en el puente, para que el convoy descarrilase y si era posible, Texas y quien le acompañase muriese en la catástrofe.

Zenker no fue responsable de aquella catástrofe de modo directo y así, cuando se dio cuenta del plan de Paul, se llevó las manos a la cabeza, aterrado, y se preguntó que iba a suceder.

Desde su escondite, asistió al fracaso de la cuadrilla y aterrado, espoleando un caballo que había alquilado en el pueblo, se alejó al galope de él hacia el Este, temeroso de la responsabilidad que le cabía.

Tuvo que caminar dos días por un terreno árido y escabroso hasta alcanzar a cuarenta millas del punto de partida otro ramal de la línea que subía por el pueblo de Bridges y que empalmaba con la línea general de Houses, para seguir directamente hasta Elko.

Cuando realizó el transbordo ya circulaba nuevamente el tren directo y por viajeros y empleados, supo algunos detalles del final de la aventura.

Todos los bandidos habían muerto, pero nadie hacía alusión al verdadero motivo del siniestro y todos lo achacaban a un asalto de forajidos que pretendían robar a los viajeros.

Zenker llegó a Elko dos días después que Texas y tuvo que tomar muchas precauciones para llegar al hotel donde Vera llevaba esperándole con angustia muchas horas. A la joven le bastó observar el gesto agrio y de cansancio del secretario, para adivinar que nuevamente había fracasado.

—¿Otra victoria malograda?— preguntó ella irónica.

Zenker rechinó los dientes y rugió:

—Sí y parece que se alegra usted de ello.

—No, no me alegro, por propio egoísmo, pero me siento rabiosa

al ponderar que me he vendido estúpidamente a usted por una compensación análoga a la que supondría pedirle la luna.

—Claro. Usted solo mira su egoísmo. No tiene un momento de piedad ni siquiera de admiración para quien se está jugando la vida estúpidamente por una empresa a la que podía renunciar. Olvida usted que esto lo hago más por cumplir mi compromiso que por mi interés.

—Mucho confía usted en su fuerza para burlar el castigo.

—Tanto, que si quisiera, dentro de una hora mi personalidad habría desaparecido para siempre del mapa.

—Creo que va a tener que ponerla en práctica.

—Si es ese su gusto, ahora mismo. Le dejo en libertad de obrar por su propia cuenta.

Ella comprendió que había ido demasiado lejos y replicó:



Las tabernas, los bares, los garitos…

—No, eso sería tanto como haberlo dado todo por nada. Usted ha cobrado su importe, yo tengo derecho a exigirle que me pague el mío.

—En este caso, cállese y ni me censure ni me desespere. Le estoy demostrando con hechos que me ocupo del asunto. Sea lo suficientemente sensata para no criticar los fracasos que se deben a la casualidad.

Vera comprendió la razón de la queja y dijo:

—Bien, ahora, ¿cuál es su plan?

—Quisiera tener la seguridad de que Texas está en Elko.

—Pues no tiene más que salir a la calle y darse unos paseos.

Cuando sienta estampidos de revólver y note en los riñones la mordedura del plomo, quedará convencido de que está aquí.

—¡Muy humorista!...

—Es la contestación que merece usted. ¿No le ha citado aquí? ¿No está corriendo docenas de peligros a lo largo de la ruta? Pues no creo que la cosa merezca el honor de la duda.

—Claro... No he dudado jamás que vendría. Lo que preguntaba es si habría llegado ya.

—Seguramente. Es capaz de venir a pie para llegar antes.

—Se ve que le sigue usted admirando—afirmó él con ira.

—Simplemente que le reconozco sus méritos. Es la mejor forma de precaver los fracasos.

—Bien. Correré el riesgo de tropezar con él en el camino. Iré a «Vanity Fair» a ver a mi amigo y socio. Quizá sepa por él sí ha visitado el establecimiento.

—Ya me dirá dónde ha dejado oculto su testamento por si acaso. No olvide que soy su esposa y su legítima heredera.

—No había pensado en ello—repuso Zenker encendido en rabia — pero le agradezco el recordatorio para recordarle y dejar mis bienes a los hospitales.

—¿Que sitio mejor? Ya que les ha dado usted tanto que hacer, lo justo es recompensar los gastos que han soportado.

Zenker no contestó. Comprendía que Vera irritada por el fracaso, trataba de molestarle exacerbando su ira. Y tomando el sombrero, abandonó el hotel.

En efecto, las sospechas de Vera eran ciertas. Texas y Nino llevaban dos días en Elko buscando a Zenker por todos los lugares sin encontrarle y estaban sospechando que los dos fracasos sufridos durante el viaje, le habrían asustado aconsejándole que no se presentase en el campamento del ferrocarril.

Ambos habían visitado dos veces «Vanity Fair» sin descubrir nada sospechoso en el establecimiento. Éste era un enorme garito, quizá el más elegante y frecuentado de todo el campamento y aunque habían podido comprobar que la clientela era gente dura y peligrosa y que el dueño no parecía menos santo, no pudieron descubrir ningún indicio peligroso de matiz determinado.

El segundo día de su estancia allí, después de recorrer discretamente todos los hoteles para ver si tropezaban con el impetuoso secretario, Texas recordó que había telegrafiado al rancho y por si había sucedido algo y tenía noticias, se dirigió, a la casa de Correos a preguntar.

En efecto, había llegado un telegrama a su nombre y cuando lo

abrió y leyó su contenido, un furor sin límites le invadió.

El telegrama firmado por el capataz, decía escuetamente:

> »Sin saber causas, prodújose incendio, noche tormentosa en pabellón que guardaba preso. Pabellón ardió rápidamente. Registrados restos, no pudimos descubrir rastros prisionero. Fue imposible penetrar durante incendio. Señorita Stella bien.
>
> James.

Texas con el telegrama en la mano quedó pensativo. No acertaba a explicarse cómo pudo producirse el siniestro, cómo ocurrió tan violento que no permitió penetrar dentro y cómo no se habían encontrado restos de Spack y la sospecha de que algo extraño hubiese sucedido, le invadió.

Llamó a Nino y mostrándole el telegrama preguntó:

—¿Qué opinas tú de esto, Nino?

Este se rascó la fosca pelambrera y repuso:

— ¿Yo? ¡Maldita sea Sonora!… Pues que esto me huele a gringo, *manito*… Eso de que no hayan encontrado restos o así de ese tipo, no me parece bien creo yo. Los huesos tendría me parece a mí y los huesos… debieron aparecer aunque fuesen tostados, ¡*repinto*!

—Dices bien, Nino. Yo creo que algo raro ha sucedido… Esta gente es muy audaz y pueden haber aprovechado nuestra ausencia para intentar salvar a Spack. ¿Para que han intentado sacamos del rancho si no ha sido para maniobrar libres de mi presencia? ¡He sido un estúpido en obrar tan precipitadamente! A lo mejor, ahora ya no les importa nada y si han salvado a Spack, ni se molesten en acudir aquí.

—¡Maldita sea Guadalajara! ¿Y para eso hemos hecho este viaje tan soso, creo yo? ¡Es como para, romperse el coco contra la pared!

—Bueno Nino, que le vamos a hacer. Voy a telegrafiar ahora mismo insistiendo en que vigilen a Stella mejor que nunca y esta noche visitaremos otra vez el campamento y ese maldito antro. Si no acude nadie, mañana tomamos el tren y nos volvemos al rancho.

—Yo no me iría sin antes quemar ese garito, ¡*repinto*! Cuando nos han citado aquí, algo sabría el *pringao* que lo regenta.

—Quizá tengas razón. Veremos que sucede esta noche.

Texas puso el telegrama y regresó al hotel donde se hospedaban. Elko en aquellos momentos, presentaba una animación extraordinaria. El tendido de portátiles levantados en horas, unos con relativa comodidad y lujo y otro sin comodidad alguna, le había convertido en un lugar estratégico para el porvenir y todos los

elementos más destacados de la línea, acudían a él, aparte de esa afluencia de marchantes que al olor de los negocios fáciles, acuden como las moscas a la miel deseosos de embolsarse ganancias rápidas sin reparar en los procedimientos.

Aparte esto, el campamento a menos de media milla del poblado, era como una inmensa y rara colmena albergando toda la gama de gente indeseable de todo el Oeste. Las tabernas, los bares, los garitos eran un conjunto raro y exótico difícil de describir.

Como si se tratase de un arbitrario poblado levantado por arte de magia, los barracones se hacinaban unos junto a otros formando un conglomerado, en el que apenas si quedaba espacio para moverse. Solamente una ancha calzada a modo de calle principal dividía en dos el conjunto de barracones y en ella, se habían instalado los más lujosos, aquellos que sus dueños, conocedores a fondo del negocio, se habían preocupado en hacer más atractivos para procurarse la mejor clientela dejando la hez para sus competidores de baja condición.

Capítulo VIII

Dos granujas no se entienden



IMMY Tirrel, el socio de Zenker en la explotación del garito «Vanity Fair», repasaba sus notas en un pequeño departamento que se había hecho construir en uno de los lados del enorme barracón desmontable, que formaba el portátil edificio. Construido a base de un buen estudio, el barracón poseía un excelente dormitorio para el tahúr y una especie de despacho donde trataba sus sucios negocios. Este despacho, poseía además una gran ventaja; tratábase de una mirilla especial por la que podía atisbar cuanto pasaba en el departamento de juego, e incluso dominar las mesas siguiendo atentamente los manejos de los *crupiers*.

Se penetraba en estos dos departamentos por una puerta abierta ostensiblemente en el bar, pero también poseía otra disimulada a espaldas de la barraca, por la que en caso de peligro se podía huir antes de que tuviesen tiempo a alcanzar dichos departamentos por su entrada natural.

Tirrel se hallaba muy ocupado en hacer números y tomar apuntes en pedazos de papel sueltos. Zenker le había anunciado su próxima llegada a Elko y debía rendir algunas cuentas atrasadas con él.

Pero Jimmy era un espíritu poco equitativo para los negocios. Cierto que debía a Zenker el capital para montar todo aquel artilugio, pero Jimmy entendía, que el cincuenta por ciento del beneficio era excesivo siendo él el que tenía que estar perpetuamente al cuidado del negocio y afrontar los muchos peligros que este representaba.

Por ello, estaba fabricándose un estado de cuentas un tanto arbitrario, con objeto de liquidar un cincuenta por ciento, que en realidad fuese solamente un veinticinco efectivo.

Tan embebido estaba en sus números, que no se dio cuenta de que se abría la puerta de su despacho y en el vano, se bocetaba la recia y enérgica silueta de Zenker.

Al darse cuenta, se sobresaltó e hizo un brusco movimiento para ocultar los papeles. Zenker observó el gesto, pero el tahúr reponiéndose, se limitó a amontonarlos sobre la mesa diciendo:

—Me ha asustado usted un poco Zenker: No debería entrar así.

—¿Por qué? ¿Le molesta que sorprendan sus secretos?

El tahúr hizo un gesto evasivo diciendo:

—No hay ningún secreto, pero... una vez trataron de sorprenderme para robarme una buena recaudación y podía suceder que en un movimiento nervioso, le diese un tiro antes de tener tiempo a reconocerle.

Y señalaba el revólver que tenía sobre la mesa.

El tahúr se levantó, recogió los papeles, los guardó en un cajón sub decir de qué se trataba y exclamó;

—¿Qué diablos le ha sucedido que ha tardado tanto? Ya me tenía intranquilo y sin saber que hacer.

Zenker replicó:

—Oh, me han sucedido muchas cosas... Tuve que casarme...

—¿Que dice usted?—preguntó Jimmy extrañado.

—Ya le explicaré—se evadió Zenker—Me he casado con la hija del señor Spack.

El jugador rio comentando:

—¿Otro buen negocio, señor Zenker? Es usted un águila para olfatear los sitios que rinden mucho,

—Realmente no fue eso... en fin... este es un asunto privado. Me detuve dos días en Reno y luego he estado tratando de deshacerme de Texas antes de que llegara aquí.

—Lo cual no ha conseguido usted. Ya lo sé.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Porque Texas ha estado ya aquí dos noches.

—¿Cómo? ¿Ha estado aquí y usted no ha intentado nada para suprimirle?

—Señor Zenker, este es un asunto de usted exclusivamente. Recuerde que prometió estar aquí antes que él para tenderle una emboscada. Yo no tenía por qué hacerlo.

—Bien, pero usted sabía la necesidad que tengo de eliminarle...

—¡Por el Infierno! Si yo le dijese a usted la necesidad de eliminar a muchos... pero yo entiendo que mis muertos debo enterrármelos yo solo.

—No lo creo. Parece muy interesado en el establecimiento.

—Sí, ahora sospecho que es aquí donde se le piensa dar la batalla Pues lo siento, señor Zenker y es lo que me encorajina. Cuando salió de su rancho, lo hizo con una idea muy equivocada... Tenga en cuenta que es peligroso provocar aquí peleas del tipo que Texas sabe aceptar. Podían suceder muchas cosas muy perjudiciales para nuestro negocio.

—Con mi dinero puedo hacer lo que me plazca—repuso el secretario fríamente.

—¡Oh, claro!—replicó suavemente Jimmy—con su dinero, sí, pero con «Vanity Fair», no. Usted sabe que todo no consiste en gastarse un paño de dólares en mandar construir un barracón, comprar unas cuantas botellas de bebidas y adquirir unas mesas de juego. Luego hace falta gente de agallas que le saque el producto y tenga la vida pendiente de un hilo a cada paso. Yo me la estoy jugando todos los días sordamente y tengo una parte en el negocio.

Zenker acusó el golpe, diciendo:

—Me sobra dinero para construir seis como ésta.

—Pero no hombres que mueran todos los días por defenderlos.

—¿Qué quiero usted decir con eso?

—Nada más que estoy dispuesto a ayudarle, pero procurando que el negocio no sufra con ello más de lo normal. Yo creo que para quitar de en medio a un hombre, no hace falta que sea en determinado sitio. Hay muchos donde el resultado puede ser el mismo sin causar perjuicios a terceros.

—Cualquiera diría que está usted regentando una feligresía y no un garito—comentó Zenker—. ¿Son misioneros todos los que lo frecuentan?

—No, pero, cuando se produce algún suceso, siempre tiene una justificación. Una botella de más o una jugada mal interpretada, dan pie a una pelea. Lo otro...

—De eso ya hablaremos, Jimmy. Lo he dispuesto así y así hay que aceptarlo.

—Bien, a su cargo corre el asunto.

—Conformes. ¿Dice que ha estado aquí dos noches seguidas?

—Sí. Le conozco de sobra para no equivocarme.

—¿Solo?

—No le he visto acompañado de nadie. Se sentó en una mesa del bar, de espaldas a la pared, se bebió dos vasos de gin y después de una hora se marchó.

—¿No sabe si le acompañaba un mejicano alto y fuerte?

—Si vino con él, debió permanecer alejado.

—Bien, esta noche arreglaré ese asunto. Necesito una docena de hombres duros. ¿Los hay?

—Más que blandos... Puedo ponerle al habla con Charles Fay. Acaba de llegar al campamento y no parece estar sobrado de dólares.

— No es mal elemento. He oído hablar de él. Le citaré a la caída de 1a. tarde, aquí.

Luego, cambiando de conversación, preguntó:

—¿Ha terminado ya el balance?

—Estoy acabándole. Esta noche quedará ultimado.

—Pues a la noche liquidaremos. No olvide de traerme a Fay.

Zenker, tomando toda clase de precauciones, dio la vuelta al campamento y buscando los sitios más protegidos regresó al hotel. Vera cumpliendo sus órdenes, no se había movido de su habitación.

El secretario bastante satisfecho, se dirigió a verla.

—¿Alguna noticia? — preguntó Vera.

—Algunas, pero de momento nada definitivo. Texas está en Elko hace dos días y ya ha visitado dos noches «Vanity Fair». Espero que ésta también comparezca y dejar liquidado el asunto.

—¿Cómo siempre? — preguntó ella irónica.

—No puedo asegurarlo — repuso Zenker con recelo— Por mi parte, pondré lo que sea preciso para que no ocurra lo de siempre... a menos que usted disponga otra cosa.

Ella se encogió de hombros diciendo:

—Ya le he advertido, que entre la vida de Texas y la de mi padre la elección no es dudosa.

—¿La mía no cuenta? — preguntó él rabioso.

—No, porque usted es de los que saben ponerse lejos del barreno.

—Por fortuna para mí; sino, a estas horas estaría ya...

Cuando la tarde iba muriendo y antes de que el campamento adquiriese esa fisonomía bronca y especial que adquiría a la media luz de los quinqués de petróleo, Zenker que había cambiado sus ropas por un atuendo apropiado para confundirse con el heterogéneo público que frecuentaba los garitos, se dirigió al de Jimmy penetrando en él por la puerta reservada.

En el despacho le esperaban Tirrel y un individuo de unos cuarenta años, de rostro verdoso, y ojos saltones. Alto y seco pero de una musculatura recia y cultivada. Vestía un pantalón azul ceñido de rodilla para abajo por las polainas de cuero de sus altas botas, una camisa, azul oscuro, un rojo pañuelo al cuello y un cinturón adornado con proyectiles del que pendía el pesado «Colt».

Cuando Zenker penetró en el despicho, Jimmy señaló al individuo presentándole:

—Este es Charles Fay.

—Zenker le examinó con aguda mirada y bruscamente preguntó:

—¿En cuánto tasa usted la vida de dos hombres?

Fay le miró con frialdad y repuso:

—Eso depende de quien se trate.

—De dos tipos fuertes, valientes y que disparan como rayos. No quiero engañarle, porque me interesa verles desaparecer. Nada de

confianzas sobre ellos.

—Eso quiere decir que es faena para unos cuantos.

—Sí. Quiero asegurar el golpe. Si complica a una docena en el asunto, no me importa.

—Siendo así, yo necesito urgentemente mil dólares. Mis hombres pueden ganar a razón de trescientos.

—Mucho me parece—repuso Zenker—. Quizá algunos no tengan que intervenir.

—Eso lo sabremos al final. No trabajarían el asunto por menos.

—No quiero regatear. Acepto el precio y aún más, le diré que aparte de lo ajustado, tengo cien dólares para quien coloque la bala decisiva en el corazón de esos individuos.

—Bueno, pienso ganarme cuando menos la mitad, ¿Qué hay que hacer?

—Vamos a combinar el plan. Esos hombres vienen aquí avisados de lo que puede suceder, por ello, habrá que buscar el pretexto lógico que les desoriente.

Estudiaron varios planes y por fin, quedaron conformes en uno. Esto le iba a costar a Zenker doscientos dólares más, que debía ganarse una muchacha de las que alternaban en el garito y que era la preferida del pistolero.

Éste se ausentó para ir en busca de sus hombres y regresar a la hora plena de la animación, con el personal que debía secundarle. Fay les haría colocarse estratégicamente dentro del bar y él, desde el despacho de Jimmy, conocería a los dos sujetos a quienes debía despachar pues Zenker se los señalaría.

Cuando quedaron a solas el secretario y el tahúr, el primero insinuó:

—Bueno, Jimmy, me gustaría liquidar nuestro asunto antes del jaleo. Podría suceder que me viese obligado a salir de aquí antes de lo que pienso y como verá, los gastos que esto me acarrea son muchos. De momento no puedo tocar mis fondos de Washington y tengo que arreglarme con mis ingresos particulares.

—No hay inconveniente. Tengo ya todo ultimado.

Jimmy le presentó las amañadas cuentas que tenía preparadas. Según tales datos, el líquido que debía entregar Zenker eran doce mil cien dólares.

El secretario hizo una mueca de duda y repuso:

—Jimmy, creo que juzgas mal mi capacidad financiera Yo sé lo que da de sí un garito como el que llevas y esa cantidad es irrisoria.

—Eso es tanto como llamarme estafador — repuso el tahúr—. Los negocios de juego tienen sus quiebras también. Hemos tenido

algunas rachas malas en las que nos hicieron saltar la banca.

—Estarías dormido, Tirrel. Tú eres hombre demasiado hábil para que te suceda eso.

—Quizá, pero no siempre soy el que talla.

—Lo comprendo, pero eres el que te guardas el dinero. Repasa mejor tus cuentas a ver si has olvidado algo. Creo que las has hecho demasiado aprisa y los números no son los naipes. Yo sé de números tanto como tú de póker de «*ases*».

—¿Quiere usted decir?

—Nada que te ofenda, Jimmy Sólo, que rep*ases* de nuevo tus cuentas. Luego les echaremos un vistazo, juntos.

Y sin decir más, se levantó dispuesto a marcharse.

El tahúr rechinó los dientes con rabia. Adivinaba que iba a tener una escena borrascosa con su socio y se estaba preparando para ella.

Zenker se ausentó diciendo:

—A las once estaré aquí para ver si ha venido Texas. Espero que todo salga bien y que el suceso entre dentro de la categoría que tú señalabas antes.

Zenker regresó al hotel y a preguntas insistentes de Vera, lo dio cuenta de todo lo tratado.

—Creo que esta vez saldrá bien, Vera, pero por si acaso, tengo dos caballos preparados para largarnos. Esté usted sobre aviso.

Vera asintió. Su pensamiento en aquel instante estaba muy lejos de allí, ponderando la tragedia que se avecinaba y sin quererlo, una angustia terrible oprimía su pecho.

Zenker se retiró a su departamento a dejar en orden su pequeño equipaje y a repasar sus armas. Podía verse obligado a tener que usarlas y no quería que en el momento crítico pudiesen fallarle.

Se sentía rabioso, más que por el asunto de Texas, por su tirante entrevista con Jimmy. Éste parecía haber olvidado que no sólo le debía muchos favores, sino el poseer un negocio tan lucrativo como el que regentaba y el comprobar que le estaba robando abiertamente, encendía su ira

Se lo había dado a entender y presentía que Tirrel podía revolverse contra él, en cuyo caso posiblemente tendrían que discutir el asunto de una manera bastante ruidosa.

Poco antes de las once, volvió a salir para dirigirse al garito. No se despidió de Vera, pero esta le sintió marchar y le vio traspasar el vano de la puerta del hotel, con el sombrero muy inclinado sobre los ojos, confundiéndose entre la multitud que llenaba ruidosamente las calles.

Vera quedó tensa junto al vidrio de la ventana. La suerte de Texas iba a decidirse una vez más y no dudaba que algún día la suerte se pusiese en su contra y cayese para no levantarse más.

Se hallaba embargada en tan trágicos pensamientos, cuando un mozo del hotel llamó a la puerta. Vera se envaró temiendo alguna complicación de última hora y con recelo abrió la puerta.

—Señora — dijo el mozo — este telegrama para su esposo.

Zenker había inscrito a Vera como lo que en realidad era ante la ley y el mozo, en ausencia del secretario, entendía que debía entregar la correspondencia a su esposa.

Ella lo tomó respirando con alivio y volvió a cerrar.

El telegrama le intrigó. ¿De quién podía ser y qué podría contener que le afectase?

Bruscamente se decidió. Dadas sus relaciones, no era muy correcto abrir el despacho, pero siempre podía alegar que ante el temor de algo imprevisto que les pusiese en peligro se había decidido a abrirle.

El telegrama estaba impreso en Lakevien ya en territorio de Oregón, rayando con California y decía:

> «Papá bien. Por motivos de salud abandonó rancho y ha hecho viaje un poco accidentado pero feliz. Nos dirigimos a lugar convenido.»

Vera tuvo que apoyarse en la pared para no caer desmayada de alegría. El texto del telegrama le informaba que su padre había logrado evadirse del rancho con la ayuda de los que trabajaban en su favor y que había cruzado la divisoria para dirigirse a Oregón.

Vera no se detuvo a pensar más en el contenido del telegrama. En su salvaje alegría, no pensó que en él no se indicaba el lugar convenido y sólo pensó que su padre estaba libre y que ya no necesitaba de Zenker para nada en la vida.

El odio que sentía por el hombre que se había aprovechado de su situación para comprarla como a un objeto de capricho, estalló furiosamente. Zenker tenía que pagar aquella villanía y la pagaría. Ahora no podía dejarle darse la satisfacción de acabar con Texas, no lo haría, aunque de rechazo sufriese ella las consecuencias. Texas tenía que vivir, porque era su propia vida a pesar de saber que jamás la amaría y porque era él quien debía librarla de la presión enojosa de su miserable marido.

Y sin pensarlo más, tomó su velo y se lanzó a la calle.

Capítulo IX

Minutos de tragedia



RAN poco más de las once de la noche, cuando Texas y Nino se encaminaron al «Vanity Fair», que a semejante hora ya se encontraba atestado de público.

El personal más escogido de la línea había hecho objeto de su preferencia al local. El «*Whisky*» era bastante aceptable, el lugar destinado a juego espacioso y el dueño, había sabido traer con él media docena de pobres muchachas bastante atractivas, que encendían los ojos de los capataces y jefes de brigada o provocaban todas las noches disputas por gozar de sus atenciones. Texas no iba muy esperanzado de encontrarse con Zenker en Elko. Creía que los fracasos sufridos le habían hecho desistir de aquel plan tan audaz, ya que el cebo a base del fingido telegrama del secretario de Estado había dejado de ser tal cebo.

Pero como había decidido no salir para el rancho hasta el siguiente día, prefirió echar un último vistazo al local. Los informes que había adquirido sobre el propietario no eran muy santos, pero le favorecían en cuanto a seriedad en el negocio.

Siempre sujeto a un plan acordado con Nino, penetró solo buscando acomodo en una mesa próxima a la puerta y con las espaldas protegidas por la pared, mientras el mejicano, haciendo su aparición más tarde, debía situarse de manera análoga, pero en el lugar opuesto. De esta manera, en caso de un ataque imprevisto, podría ayudarse mutuamente dividiendo la atención de sus posibles enemigos.

Cuando Texas tomó asiento y echó un vistazo en derredor, no observó nada alarmante. Su aguda memoria le hacía recordar la mayor parte de las caras de los clientes. Diríase que todas las noches acudían los mismos y que aquello poseía carácter de reunión familiar.

Pero poco a poco, observó que aquella noche se presentaban algunos individuos de no muy agradable aspecto. Para Texas, profundo conocedor del hampa de la región, el pistolero neto tenía un aire inconfundible, algo especial que le delataba a la legua aunque tratase de disimularlo.

La observación era justa. Hombres fuera de la Ley, perseguidos de continuo, vivían en perpetuo recelo. Sus ojos, jamás

permanecían serenos y fijos en un mismo lugar. Sospechaban de todo cuanto les rodeaba y giraban de continuo registrando los movimientos más insignificantes de los que les rodeaban y sus manos, por un tic nervioso imposible de dominar, permanecían en suspenso para caer prestas sobre los revólveres cuando no permanecían apoyadas sobre las culatas.

Esto les diferenciaba de los belicosos obreros de la línea. Muchos de estos lucían armas al cinto, pero solo se acordaban de ellas cuando estallaba alguna reyerta ya que el resto del tiempo, más parecía estorbarles en la cadera que ser algo grato para sus movimientos.

Jim descubrió todo esto rápidamente y sus ojos no dejaron de seguir insistentemente a los sospechosos, mucho más cuando les vio reunirse en grupos de tres, sentados de forma que las mesas no entorpeciesen sus movimientos para llevar la mano con premura al *Colt*.

Texas se desvió ligeramente de la mesa dejando sus piernas libres y buscó con los ojos a Nino, que fumando su pipa como distraído, también examinaba atentamente a los indeseables.

Casualmente parecieron encontrarse sus miradas. Texas guiñó un ojo, Nino le contestó y Jim quedó tranquilo pues sabía al mejicano en guardia.

Tres descocadas muchachas surgieron por la puerta del fondo. Lucían unos ajados atuendos muy llamativos, que debieron pertenecer a alguna dama de la capital arruinada o al deshecho del vestuario de una artista y fumaban con descaro echando una mirada a la clientela.

Dos, eligieron víctima propiciatoria. Los escogidos parecían jefes, de la línea, pues vestían con bastante pulcritud, mientras la tercera de pie en el centro del local, no parecía encontrar la pareja ideal para ella.

Paseó lentamente por las mesas. Manos febriles se tendieron tratando de aprisionar las suyas o engarfiar el vuelo de su sedosa falda, pero ella a manotazos los obligaba a soltar, cuando no les echaba humo a los ojos para obligarles a emplear las manos en tarea menos divertida.

Cuando pasó por delante de la mesa donde se hallaba Texas, se quedó mirándole y luego, sentándose en el borde con descoco, exclamó:

—No te conozco guapo. ¿Eres forastero?

—Lo soy—respondió secamente Texas, abarcando con la mirada el salón más que a la muchacha.

—Ya decía yo que no conocía tu cara. Eres simpático y tienes tipo de arrogante como a mí me gustan los hombres. ¿Quieres convidarme?

Jim se encogió de hombros y sin mirarla, replicó:

—No me gusta pasar por miserable. Bebe lo que quieras.

—Gracias… Beberé ginebra.

Texas se sentía molesto, no por la presencia de la muchacha ni por su petición muy normal en semejantes lugares, sino porque su posición sobre la mesa le tapaba parte del local que no podía abarcar con la mirada.

Ella cruzó una pierna sobre otra, lanzó sendas bocanadas de humo y preguntó:

—¿Vas a estar mucho aquí, forastero?

—Mañana te lo diré… si vuelvo.

—Eso quiere decir, que te irás pronto. Lo siento; me has gustado y aquí no hay mucho para escoger.

Se inclinó para tocar la cara a Jim. Éste sintió repugnancia y sin poderlo evitar por un impulso espontáneo, la empujó de la mesa haciéndola vacilar al caer.

—Ya está bien. Te he convidado y puedes buscar otro a quien seduzcan tus encantos.

Ella pareció enfurecerse por el desprecio. Había tomado e1 vaso de ginebra y lo sostenía en la mano sin decidirse a beberlo pero giró la vista en el momento en que Charles Fay con la mano apoyada en la culata del revólver, penetraba en el local mirando con insistencia hacia la mesa donde Texas estaba sentado.

La joven pareció vacilar y luego enfurecida, gritó:

—¡Grosero!…

E hizo intención de arrojar al rostro de Jim el contenido del vaso.

Texas se había envarado. Algo le dijo que la situación no era normal… Captó agudamente la furtiva mirada que ella dirigió al pistolero al entrar y rápido como una centella inclinó la cabeza cuando ella arrojaba el contenido del vaso y se separaba de un salto para ponerse fuera de la trayectoria de los dos hombres.

Charles lanzó un rugido llevando la mano al costado, pero cuando había medio sacado el revólver, vibró un disparo a su derecha y el pistolero emitiendo un rugido de ira y dolor, apartó la mano para llevarla más arriba.

Nino que no había perdido ningún movimiento a su alrededor, se dio cuenta de que todo era un plan preconcebido y cuando Texas se erguía con el revólver amartillado, ya el mejicano había clavado

dos balas en el costado de Charles, que terminó por caer a tierra tratando de sacar el arma para disparar desde ella.

Fue en momento de estupor que hizo retroceder a los obreros de la línea que bebían serenamente, adivinando que algo grave iba a suceder, pero en aquel momento, una docena de clientes llevaron las manos a los costados y doce revólveres se dispusieron a funcionar. Pero ya Nino y Texas que habían adivinado que aquella chusma formaba parte del plan para atacarles, se habían parapetado tras las mesas tomándolas como escudos y sus revólveres tronaban siniestramente.

Dos de los pistoleros se inclinaron hacia atrás alcanzados cuando se disponían a disparar, otro, recibió un .tiro en una mano cuando disparaba sin poder fijar la puntería y cuando varias balas se clavaban en los recios tableros de las mesas de manera inofensiva, Nino que no podía soportar el silencio en que había estado sumido tanto rato, gritó:

—¡Adelante, *manito*!, barramos a estos sapos o así, ¡maldita sea Sonora! ¡Ándate ya, que ahora llegarán los nuestros a echarnos una mano!

Tumbó de un tiro a otro que pretendía cazarle por detrás de las derrumbadas mesas y Jim alcanzó en una pierna a otro que se arrastraba buscando la forma de colocar sus proyectiles por debajo del improvisado escudo que se habían agenciado.

La habilidad de la valiente pareja disparando, su fina puntería y las palabras de Nino anunciando que iban a recibir refuerzos, desanimó a los pistoleros que por otra parte se hallaban desanimados al saber caído a su jefe y alguno ganó la puerta tratando de huir. Texas derribó a uno de los fugitivos y el resto trató de buscar la salida por la puerta que comunicaba con la parte interior de la barraca.

Pero cuando iban a alcanzarla, vibraron dos secas detonaciones en el interior, seguidas de un rugido de dolor y casi inmediatamente, surgía en el vano la silueta de Jimmy Tirrel chorreante de sangre.

Se apoyó un momento en el quicio de la puerta incapaz de seguir adelante y murmuró:

—¡*Ases*ino!... ¡Ahí dentro... está... me ha herido... por la... espalda... es un cobarde!

Y en un supremo esfuerzo de voluntad, gritó roncamente:

—Texas... es él... Zenker... que ha...

Cayó de bruces al suelo en medio de la consternación general. Los pistoleros habían aprovechado el momento para ganar la salida

y Texas al oír al herido, saltó como una fiera hacia la puerta, tratando de pasar al otro lado. El nombre de Zenker le había electrizado y ahora que le tenía tan al alcance de la mano, estaba dispuesto a correr todos los riesgos antes que dejarlo escapar.

Saltó impulsivamente furioso por ganar el interior, pero cuando iba a penetrar en el vano, vibró una detonación y Texas, como si le hubiesen pegado con un horrible mazo en el pecho, retrocedió emitiendo un rugido para caer de espaldas, llevándose las manos al pecho del que brotaba un caño de sangre.

Nino, al darse cuenta, rugió como un tigre y enarbolando dos pesadas banquetas, saltó al centro del bar amenazando siniestramente a los que aún quedaban dentro para obligarles a salir. Se encontraba dentro de una ratonera donde no sabía quién era su enemigo y nada podía hacer en favor de Texas mientras no se encontrase libre de una agresión.

Clientes y empleados al observar su terrible actitud se apresuraron a ganar la salida aterrados y cuando Nino se vio a solas corrió en ayuda de Texas, quien apretándose la herida con el pañuelo, ordenó:

—Síguele Nino, síguele hasta destrozarle, no te ocupes de mí, ¡no es cosa grave...! ¡Corre, por el Infierno!

Nino dudó un momento pero ante 1a orden terminante, hizo girar las banquetas en el aire con su poderoso brazo y las lanzó como dos balas de cañón a través del vano de la puerta, con intención de aplastar con ellas al intruso si éste continuaba amparándose en las sombras.

Los adminículos penetraron devastadoramente y Nino quiso saltar detrás, pero dos nuevas detonaciones vibraron siniestramente y los proyectiles pasaron rozando la cabeza del mejicano no alcanzándole por un verdadero milagro.

Mendoza en el paroxismo del furor, no sabía que hacer. La silueta de Texas medio arrastrándose en tierra para incorporarse rechazando su ayuda, el peligro que suponía el resto de los pistoleros a quienes habían obligado a huir, pero que acaso se hallasen emboscados para atacarles fuera y el obstáculo que suponía el revólver de Zenker acechando en la sombra para cazarle y acaso poder rematar a Texas, eran cosas que escapaban a su serenidad, y con los ojos desorbitados, la boca espumeante, los revólveres empuñados y lanzando terribles juramentos, parecía un tigre cogido en un claro de un bosque por una nutrida partida de expertos cazadores.

Perdido el control de sus nervios, asió una de las mesas y

protegiéndose con ella como con un escudo, se lanzó en tromba sobre la puerta, decidido a penetrar por aquel peligroso vano.

La mesa más ancha que el hueco, le impidió tal propósito al primer intento, quebrándose en el envite, pero Nino retrocediendo, arrojó los restos de la mesa y tomando otra repitió el ataque.

El delgado tabique de madera se quebró al ímpetu de tan brutal empuje y Nino, pasó por el hueco protegido por el tablero de la mesa, pero esta vez nadie disparó contra él.

Pronto se dio cuenta de que el pasillo estaba vacío y al descubrir la puerta cerrada que daba al despacho la abrió de una terrible patada, descargando uno de sus revólveres contra el interior antes de decidirse a penetrar.

Nadie contestó tampoco a la mortal provocación y cuando entró en él, lo halló vacío.

Sobre la mesa, descubrió un arrugado montón de papeles llenos de números, algunos billetes caídos en el suelo, una banqueta tirada en un rincón y la mesa medio atravesada, pero nada más.

Se revolvió como un reptil buscando al intruso que había disparado desde aquel lado sin descubrirle. Únicamente observó una puerta cerrada que debía dar al exterior.

Furioso, pretendió abrirla, pero ésta no cedió. Debía estar atrancada desde, fuera y por allí había huido sin duda el traicionero secretario.

Nino con su impetuosa ferocidad, se dejó caer sobre la puerta varias veces, hasta astillarla con su terrible fuerza y cuando consiguió pasar por el destrozado vano y salir fuera, pudo comprobar que por aquel lado se aseguraba por medio de una barra de hierro que encajaba en unos soportes del mismo metal.

La barra había saltado uno de los soportes, dejando libre paso. Al otro lado, se alineaban unos barracones y más allá, el trazado de la línea mostraba terraplenes a medio allanar, socavones formando embudos, railes de estrecha vía para arrastrar el material por medio de vagonetas, estas alineadas en la vía, pilas de herramientas y cajones con vigas y traviesas y un maremágnum de utensilios propios de tan gigantesco trabajo, pero no pudo descubrir rastro alguno de Zenker.

Como un lobo oteó por entre aquel caos de material buscando al cruel secretario, pero sus esfuerzos fueron inútiles. Zenker debía haber aprovechado el breve paréntesis que medió desde que disparara contra el mejicano hasta que este pudo forzar la puerta para desaparecer en las tinieblas de la noche.

Nino enfurecido y angustiado por la situación en que había

dejado a Texas, regresó impetuosamente por el mismo camino que había llevado y cuando penetró de nuevo en el local, encontró en él una parte de los clientes que él había arrojado a la calle, pero no a Texas. Rabioso aferró por el cuello al primero que encontró al paso y rugió:

—¡Pronto! ¿Dónde está Texas u os destrozo a todos como si fueseis muñecos de cartón?

El agredido, pálido como un muerto, balbuceó:

—Se… se… lo han llevado… una, una joven, vino y… Lo ayudó a montar a caballo… por allí… Ahora mismo…

Nino como una tromba, arrolló a los que, le estorbaban el paso y ganó la calle, en el instante en que varios emboscados en los barracones fronterizos disparaban sobre dos caballos que huían a galope por lo largo de la empolvada vía. Nino furioso, reconoció en los emboscados al resto de los pistoleros que les habían agredido y sus terribles revólveres, empezaron a vomitar plomo y muerte por sus bocas.

Los pistoleros sorprendidos, se batieron en retirada, pero solo consiguieron huir dos. El resto, había quedado sobre el polvo de la calzada, con los pechos atravesados a balazos, mientras Nino desesperado, corría anhelante tratando de alcanzar a los caballos que se perdían en la distancia.

Capítulo X

Cuando el amor ciega…



A agresión y muerte de Jimmy Tirrel por un lado y la misteriosa desaparición de Texas herido, por otro, eran dos sucesos impenetrables para el ingenuo Nino, que sin embargo, tenían una conexión y debían influir en el desenlace de aquella trágica carrera en pos de la muerte.

Cuando Zenker dejó ultimado el plan de ataque contra Texas y comisionó a Fay para llevarlo a cabo en unión de sus hombres y de la muchacha que servía de gancho en el establecimiento, mientras llegaba la hora de poner en práctica el dramático plan, Zenker se mostró decidido a ajustar cuentas con su socio.

Encerrándose con él en el despacho, preguntó:

—¿Ha repasado usted ya esas cuentas, Jimmy?

Éste que había meditado mucho durante el tiempo que permaneció solo, repuso:

—Sí, y realmente, aunque existe una pequeña diferencia en las sumas no es mucha. Me han salido unos ochocientos dólares más a su favor.

Zenker sonrió irónico replicando:

—Vamos, Jimmy, no me trate ahora como a un novato. Es usted un hombre muy olvidadizo para quien le apartó de morir de un roble y le facilitó los medios de medrar como un príncipe. Conmigo al menos, debía ser usted un poco más decente, aunque esto sea pedir mucho a un pistolero que ha terminado en tahúr.

Jimmy apretó los dientes con ira diciendo:

—Señor Zenker, que yo le deba a usted algunos favores y ayudas, no le da derecho a insultarme ni a poner a prueba mi paciencia. Es cierto que usted me facilitó el dinero para este negocio, pero olvida que todos los servicios que yo le había prestado en otras ocasiones con exposición de verme colgado, me los pagó como a un pastor de ovejas.

—Tenía muchos que lo hubiesen hecho por el mismo precio, Jimmy. Si le ayudé a usted de esta manera, fue por recompensar al final sus buenos servicios.

—Y bien, ¿qué tiene que ver...?

—Tiene que ver una cosa. Usted ha ganado muchos miles de dólares como socio mío y no es decente que se aproveche de la

ocasión robándome mi parte.

—Nadie le ha robado nada. Si he ganado alguna vez algo más, no ha sido legalmente con el negocio. Si yo he hecho ciertas trampas para apropiarme de una mayor cantidad, lo hice exponiendo mi vida y de eso no puede exigirme nada. Le doy a usted su parte de la parte legal.

—¿Usted cree que me voy a creer que es eso lo que me corresponde?

—Puede dudar lo que quiera. No hay otra.

—Bien, no puedo probarle que me corresponde más, pero si puedo disponer de un negocio que es mío y que usted no regenta a mi gusto. Métase eso en la cabeza porque cuando deje liquidado el asunto de Texas, hemos de liquidar este entre los dos. Yo sé mucho de todo y mi sabiduría no me permite sentar plaza de tonto a los ojos de quien es menos listo que yo.

Sobre la mesa, había quedado el dinero que Jimmy ofrecía a Zenker y que éste había desdeñado tomar, seguro de que su socio se decidiría a aumentar la liquidación en una parte más equitativa según su juicio.

Jimmy que había quedado pálido y con los dedos engaritados al oír las amenazas de Zenker, iba a contestar, cuando a sus oídos llegó el restallar de las primeras detonaciones en la sala.

Zenker olvidando su discusión se abalanzó, a la mirilla que le permitía abarcar lo que sucedía al otro lado del tabique y echó una ansiosa mirada, en el momento en que Texas se arrojaba al suelo cubriéndose con la mesa.

Iba a seguir ansiosamente el desarrollo de la tragedia, cuando una sensación de peligro sacudió todas sus fibras y volviéndose rápidamente, se enfrentó con el tahúr, quien aprovechándose de su distracción, sacaba el revólver para disparar sobre él y deshacerse de tan molesto estorbo.

Zenker leyó su muerte en los ojos del tahúr e inclinándose con rapidez, saltó sobre él, atenazándole la muñeca cuando se disponía a disparar.

Jimmy, cogido de sorpresa y acusando el dolor de la presión que retorcía su brazo brutalmente, soltó el arma y trató de aferrar a su enemigo por el cuello.

Este, que poseía una fuerza extraordinaria, se debatió eludiendo la presión, al tiempo que rugía:

—¡Cochino traidor!... ¡Me las pagarás, como me llamo Zenker!

Con la cabeza sacudió un terrible golpe al jugador en la barbilla, haciéndole retemblar todos los huesos, y de un puñetazo, acabó, de

zafarse de su presión, lanzándole contra la puerta de un modo brutal.

Jimmy chocó en el borde de la jamba y se sintió más mareado, pero el instinto de conservación le advirtió que si no huía, iba a terminar sus días a manos de aquel ser enfurecido, y sacando fuerzas de flaqueza, trató de ganar el bar, escapando de su venganza.

Zenker aprovechó, aquel momento para extraer su revólver y al observar que se le escapaba y presentir que si salía al bar podía denunciar su cercana presencia, perdió la noción de la prudencia y disparó sobre él, alcanzándole en la espalda cuando ya traspasaba el vano de la puerta.

Jimmy cayó atravesado de dos balazos, pero tuvo tiempo a intentar la venganza denunciándole y Zenker, fuera de sí, sabiendo que si no se deshacían de Texas éste se desharía de él, decidió jugarse todo a una carta decisiva y tomar parte en la contienda.

Su alegría fue inmensa cuando, amparado en las sombras, vio saltar a Texas con decisión. Fríamente apuntó contra él, clavándole la bala en el pecho.

Pero había olvidado a Nino y su furor, y así, cuando se dio cuenta de que quedaba el terrible mejicano, se impuso la necesidad de deshacerse también de él o morir destrozado entre sus garras.

Pero la táctica de Mendoza le desconcertó. Protegido por la mesa, si lograba penetrar en el pasillo estaba perdido y después de disparar rabiosamente para detener su avance, saltó atrás, abrió la puerta de escape y cerrándola con la barra de hierro para retrasar la persecución, se perdió como un conejo entre los obstáculos que le brindaba la línea.

Un pánico loco le invadía. Los ojos de Nino, aquellos ojos dulces y simpáticos en la serenidad, pero de un furor salvaje cuando se irritaban, le habían dicho elocuentemente lo que sería capaz de hacer con él si caía en sus manos, y el cruel secretario temía por su vida como jamás había temido.

Por un momento se vio perdido. Hasta él llegaban los terribles empujones que Nino daba sobre la puerta para desquiciarla, y seguro de que sería alcanzado antes de poder abandonar aquel laberinto, buscó la salvación en él.

Una vagoneta cubierta con una tela embreada le atrajo y levantando la tela, saltó al interior, cubriéndose con ella. La vagoneta contenía yeso y Zenker se sintió hundir y medio asfixiar por el polvo, pero aquello era preferible a verse destrozado por las terribles zarpas del oso mejicano.

Nino, en su furor, pasó cerca de la vagoneta, registrando por entre los utensilios. Por un momento, sintió el temblor de verse descubierto y empuñó el revólver, pero Nino pasó de costado y se perdió entre los cajones destrozados, dándoles la vuelta.

Luego, desorientado, volvió sobre sus pasos. A través de la cubierta, le vio volver al bar y penetrar por la destrozada puerta. Fue un momento de alivio que aprovechó para abandonar tan molesto refugio e intentar alejarse.

Furiosamente se sacudió el yeso de la ropa. Levantaba una terrible polvareda y se adivinaba convertido en un payaso, pero nada podía hacer más que limpiarse lo mejor posible y huir.

Cuando se creyó un poco más decente, corrió a través de las obras para dar la vuelta. Debía recoger a Vera, montar en los caballos que tenían preparados y huir todo lo más lejos posible, antes de que fuera demasiado tarde.

No sabía si había conseguido matar a Texas. Sabía que le había acertado en el pecho y le vio caer a tierra bañado en sangre. Esto era algo que le compensaba de las amarguras sufridas. Se había cobrado el engaño de Jimmy, aunque recordaba que con el suceso no recogió el dinero que el tahúr se había vuelto a guardar y dejaba herido cuando menos a Texas. Esto era algo y si no había caído, ya buscaría la forma de localizarle y terminar con él de una vez.

Estaba decidido a ser él quien diese la cara. Sólo su decisión había conseguido lo que cien pistoleros a sueldo no lograran y este éxito le convertía en una fiera para el porvenir.

Por fin alcanzó el hotel. Fue una suerte que el mozo encargado del bar se hallase distraído y no se fijase en su porte. Zenker subió apresuradamente a su dormitorio y con celeridad rabiosa se despojó del pantalón y la chaqueta, cambiándolos por otros. Luego se encaminó al departamento de Vera y llamó.

Nadie contestó a su llamada. Nervioso e inquieto, empujó la puerta, que cedió a la presión, y cuando penetró dentro, observó que la estancia estaba vacía.

El corazón le dio un terrible vuelco al observarlo y se preguntó nervioso dónde podría estar la joven. Irresoluto abandonó la estancia y salió fuera. Los caballos no se hallaban lejos. Quizá Vera le esperaba junto a ellos para emprender la huida, sospechando que el plan pudiese fallar.

Si así era, habría allanado muchas dificultades, ganando un tiempo precioso, y, esperanzado, se dirigió al lugar donde habían quedado escondidas las monturas, que era un barracón donde los obreros de la línea amontonaban los cajones vacíos.

Su sorpresa fue terrible al descubrir que no sólo Vera no se encontraba allí, sino que los caballos habían desaparecido.

Loco de furor recorrió las inmediaciones buscando a Vera, sin encontrarla y cuando se convenció de que había huido, abandonándole, el más desatentado furor le invadió. Vera le había traicionado estúpidamente. Quizá convencida de que ya no le hacía falta, había decidido desligarse de él una vez desaparecido Texas, pero se olvidaba que aún quedaba su padre y que éste dependía de él.

Zenker ignoraba en aquel momento que el millonario se encontraba libre y esta ignorancia le movía a prometerse dejarle en manos de Texas, si éste había salvado la vida, sino en las de Nino, quien, para vengar la muerte de su jefe, sería capaz de obrar por propia cuenta, deshaciéndose trágicamente del millonario.

Vera iba a pagar cara su defección, pero él...

Asustado de lo que le podía suceder, caminó como loco por el campamento. Necesitaba huir y no sabía cómo.

Un caballo trabado a la puerta de un garito le dio la solución. Sin detenerse a pensarlo, tomó las brillas y saltó sobre él, obligándole a arrancar.

En aquel momento el propietario salía del garito y al observar el robo del caballo, echó mano al revólver, disparando con furia, al tiempo que emitía roncas voces de auxilio, para rescatar la montura.

Sus gritos atrajeron la atención de algunos compañeros, quienes se apresuraron a salir a la calzada y saltando sobre sus monturas, se lanzaron furiosamente en pos de Zenker, cuando ya éste había conseguido una gran ventaja y se hundía en las sombras de la noche, galopando por las afueras del poblado.

* * *

Vera había abandonado el hotel, guiada por el impulso ciego que le impedía razonar ni darse cuenta de su verdadera situación.

Sabía a Texas en peligro mortal, odiaba a Zenker aún más que odiaba a Jim, a pesar del daño que éste le había hecho y consideraba en aquellos momentos más peligroso para ella al cruel secretario, que a Texas, ya que éste, enemigo noble a pesar de su rudeza, era incapaz de sentir los bajos instintos que el que la había comprado miserablemente, aprovechándose de sus angustias por la suerte de su padre.

Libre éste, estaba decidida a abandonar aquella lucha absurda y

convencer al financiero para que hiciese lo propio. Poseían dinero más que suficiente para vivir con esplendidez y era aquella una pugna bárbara y mortal, en la que todo lo exponían para no ganar nada.

Estaba decidida a buscar a Texas, ponerle al corriente del peligro que corría y proponerle un pacto. Si él renunciaba a vengarse de ellos, ella trataría de convencer a su padre para que buscase un lugar oculto y hacer que se estableciesen en él, a gozar de un descanso bien merecido.

No sabía dónde podía estar Texas, no conocía el campamento ni el emplazamiento de «Vanity Fair», no se había parado a pensar que aquel era un ambiente impropio para una mujer como ella, pero localizaría el bar y buscaría a Texas antes de que éste se metiese de manera inconsciente en la trampa.

Trataba de orientarse entre las sombras buscando los lugares más frecuentados, cuando a sus oídos llegó de manera clara y precisa el sordo detonar de los revólveres y con el corazón angustiado, echó a correr en la dirección que marcaban los disparos.

Adivinaba que su esfuerzo iba a resultar vano, y que Texas estaba corriendo en aquel momento uno de los peligros más trágicos de su vida.

Desalentada, corría como loca por entre los barracones.

Hallábase en la parte más alejada del lugar de la pelea y por mucho que se esforzaba en correr, su ignorancia del lugar le hacía perder un tiempo precioso.

Con emoción siguió el intenso tiroteo que vibró casi seguido; luego pareció imperar un instante de calma y en seguida vibraron nuevas detonaciones hasta que por fin pareció cesar el tiroteo.

Vera se aproximaba al lugar de la lucha. Las luces de los locales adyacentes le marcaban la ruta. Alcanzó a distinguir el local, adivinando cuál era por el núcleo de gente vocinglera y excitada que se agolpaba a la puerta y con su carácter impetuoso, se mezcló entre el grupo, apartando con violencia a los que le estorbaban el paso.

Fue un momento de estupor para aquella gente bronca y grosera, descubrir entre ellos a una mujer del tipo de Vera. Su belleza altiva, su excitación, su atuendo que nada tenía de común con el descocado de los ángeles caídos que solían frecuentar aquella clase de locales y su aire distinguido, les impusieron respeto y abriendo calle, le permitieron el paso.

Vera, impetuosa, penetró en el local donde se acusaban

sangrientamente las huellas de la trágica lucha, en los destrozados muebles y en los cuerpos abatidos de los pistoleros que yacían en actitud grotesca.

Vera tuvo que hacer un esfuerzo supremo para seguir adelante. Aunque acostumbrada en teoría a aquellas escenas que ella misma había ayudado a planear cuchas veces, jamás se había visto envuelta en la realidad dramática de su visión y sintió que una angustia terrible se apoderaba de ella, haciéndole flaquear.

Pero la silueta de Texas irguiéndose trabajosamente para ponerse en pie, dominó sus sentidos. Corrió hacia él, tendiéndole los brazos, y murmuró:

—¡Oh, Texas... lo siento, llego... demasiado tarde!

Jim quedó asombrado ante sus palabras; comprendió que algo inusitado había sucedido para que ella se arriesgase a hacer allí su aparición en momentos tan trágicos y murmuró:

—Gracias... es igual... Creo que no es aquí donde debe estar usted.

Ella le asió con fuerza, preguntando angustiada:

—¿Es grave? ¿Puede usted andar?

—Creo que sí... pero... salga... ¿No ve que la muerte ronda aquí?



Pero había olvidado a Nino...

Ella, sin hacerle caso, recogió el revólver que yacía en el suelo y se lo entregó. Luego, se apropió de otro perteneciente a uno de los forajidos y suplicó:

—¡Ánimo, Jim!... Camine... tengo ahí fuera dos caballos... Le

llevaré donde no peligre más su vida…

—Gracias, pero…

—No se niegue. ¿No ve que está usted condenado a morir sin remisión? Zenker no ha terminado aún…

Le arrastró casi hasta la puerta. Ya en ella, Jim advirtió:

—Apártese, Vera… ahí fuera debe haber unos cuantos pistoleros más, esperándome…

Ella, valientemente, se colocó delante de él, diciendo:

—Acérquese al caballo… No se atreverán a disparar contra usted, mientras yo esté delante.

Jim pudo saltar al caballo, quedando medio atravesado sobre él. Sentía que la herida volvía a sangrar y desconfiaba de sus fuerzas para continuar erguido en la silla.

Entre tanto, Vera observó que pasado el primer momento de estupor entre aquella gente dura y agresiva, se empezaba a operar una reacción violenta que nada bueno presagiaba.

Rabiosa, se encaró con los pistoleros, gritando:

—¡Atrás, cobardes!… No es de hombres reunirse muchos para acabar con un hombre solo y herido.

Los bandidos vacilaron y Vera, de un salto, montó a caballo, gritando:

—¡Adelante!

Las dos monturas partieron al trote. Vera, aun sabiendo el riesgo que corría, dejó que el caballo de Texas galopase por delante, cubriéndole con el suyo, pero apenas habían emprendido la marcha, vibraron varias detonaciones y la joven, con un escalofrío de terror, sintió como los proyectiles silbaban cerca de ella.

Rabiosa, volvió el brazo y al azar, disparó. Los pistoleros se replegaron, temiendo ser alcanzados y cuando quisieron reaccionar, ya los dos fugitivos habían tomado una buena delantera y se perdían entre el polvo y las sombras de la noche, seguidos de los últimos disparos hechos con rabia y despecho.

Asustada, solamente pensó en la vida del herido sin preocuparse de su propia seguridad ni de las consecuencias que podía acarrearle su impulsivo acto y sin vacilar, tomó e1 caballo por la brida y orientándose lo mejor que le fue posible, logró localizar de nuevo el hotel de dónde había salido.

Se detuvo a la puerta, apeándose y requiriendo el auxilio de uno de los mozos, ordenó:

—¡Pronto! Hágame el favor de ayudarme a transportar a este hombre al departamento de mi marido.

Luego, angustiada, preguntó:

—¿Hay algún médico por aquí cerca?

—Pues… sí… hay uno cerca, pero… a estas horas…

—Búsquele, haga el favor. No me importa lo que cobre. Este hombre se desangra… Le han herido unos pistoleros cobardes… Tome, corra.

Puso un billete de veinte dólares en la mano del mozo, quien se apresuró a correr en busca del médico.

Una hora más tarde, el galeno acudía con su cartera de operaciones. Vera contaba con ansia los minutos que tardaba y entre tanto, había realizado en favor del herido cuanto se podía intentar sin medios para ello.

El médico procedió a examinar la herida. El proyectil había quedado alojado en el pecho, junto a una costilla y tuvo que trabajar para extraer la bala.

Luego de lavar bien la herida y taponarla, advirtió:

—No es grave, pero sí dolorosa y sobre todo hubo mucha pérdida de sangre. Tendrá que guardar un reposo absoluto durante varios días y tener cuidado en renovar las curas para que no se infecte la herida. Seguramente permanecerá insensible uno o dos días, pero le conviene para que no realice esfuerzos. Si sucediese algo anormal, que vuelvan a avisarme.

Vera gratificó espléndidamente al médico y se instaló a la cabecera del lecho. Un caos de tumultuosos pensamientos agitaban su cabeza y su respiración era agitada y asfixiadora.

Ardía en deseos de saber qué había sucedido en «Vanity Fair» y temía a cada momento ver aparecer al odioso secretario a pedirle cuentas de su traición.

Pero las horas transcurrían lentas y silenciosas y Zenker no daba señales de vida, lo que hizo sospechar a la joven que algo grave había sucedido para que su odioso marido se hubiese visto obligado a huir sin hacer gestión alguna para localizarla debidamente.

Jim permaneció dos días sumido en 1a inconsciencia, pero al tercero, volvió a la realidad de la vida, tardando bastante en darse cuenta de su situación.

Cuando por fin reconoció a Vera, recordó todo lo pasado y, lleno de asombro, murmuró:

—Vera, ¿qué hace usted aquí, a mi lado?

—¿No lo ve?—replicó ella a media voz— Cuidando de su vida.

—¿Por qué?

—No me haga preguntas a las que no he de contestar. Debe bastarle saber, que le saqué de las garras de aquellos *ases*inos cuando estaban a punto de acabar con usted. ¿Quién le hirió?

—¿No lo sabe?

—No.

—Fue Zenker... por cierto que no sé... alguien me dijo que se hacía pasar por marido de usted...

—Lo es—afirmó ella, rechinando los dientes.

—¡No me diga! No la creía tan... tan necia.

—Bien, puede opinar como quiera; no tiene derecho, pero puede hacerlo. Es mi marido legalmente.

—¿Qué le indujo a cometer semejante barbaridad?

—Le necesitaba. Usted tuvo la culpa.

—¿Yo? Usted sabe que...

—No, dejemos eso a un lado. Usted tenía a mi padre en su poder. Él se comprometió a salvarle de sus garras a cambio de...

Texas recordó el telegrama recibido del rancho y murmuró:

—¿Y lo ha salvado?

—No. Antes le preocupaba usted. Quería eliminarle. Por eso le tendió aquella emboscada... ¿Qué sabe usted de Zenker?

—No sé... me hirió después de matar al dueño del garito. Nino saltó tras él y... ¡Por el Infierno! ¿Y Nino?

—No lo sé... No le vi cuando le recogí y lo traje aquí.

—¡Oh, tengo que levantarme y buscarle! Si no ha muerto, estará desesperado buscándome. Es capaz de prender fuego a todo el campamento para llamar la atención...

—Dígame dónde le puedo encontrar y yo le buscaré. Usted no puede moverse de ahí hasta pasado algún tiempo.

—¿Qué más le da a usted? Usted debe desear mi muerte.

—Debería desearla y sin embargo... En fin, lo hecho, hecho está... Yo misma no me explico por qué lo hice.

—Yo sí, Vera. Lo hizo porque en el fondo no es tan mala como parecía. Fueron los otros los que...

—No hable. Mi padre es uno de los otros.

—Eso no dice nada. Quisiera poder corresponder a esto que ha hecho para mí. No sé cómo podré hacerlo...

—Devuélvame a mi padre—dijo ella para sondear el ánimo de Texas.

—Lo haría con sumo gusto si pudiese, pero hay algo superior a mi deseo. Su padre no está ya en mi poder.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo un telegrama. Se prendió fuego al pabellón y no han encontrado rastros de él. Es extraño; yo estoy seguro de que alguien le ayudó y logró huir.

—¿Y si así hubiese sido?

—¿Qué sabe usted de eso?—preguntó Texas.

—Nada. Pregunto solamente.

—Si así hubiese sido y me ofreciesen una garantía de abandonar a Zenker a su destino y no volver a luchar contra mí, olvidaría todo lo sucedido y jamás me ocuparía de ustedes.

—¿Me lo jura?

—Mi palabra de honor.

La puerta se abrió con violencia y la emocionada silueta de Mendoza apareció en el vano.

—¡Maldita sea Sonora!—gruñó al distinguir a Texas incorporado en el lecho y a su lado sentada Vera—. Tú ahí holgazaneando o así y yo mordiéndome los puños de rabia después de registrar en vano todo Elko... ¿De modo, maldita sea Jalisco, que fue usted la que se lo llevó?

—Sí, Nino, yo fui... Tenía que hacerlo. Lo iban a rematar y...

—Bueno va. Que me aspen si entiendo palabra o así de este lío.

—No sigas, Nino. Dime qué sabes de Zenker.

—¿Yo? Maldito sea su corazón. Si supiese algo, ya estaría siete metros bajo tierra creo yo. Se escapó e1 muy cerdo después de hacerte esa caricia. Llevo dos días revolviendo el campamento sin encontrar rastro de él.

—Habrá huido y acaso sea mejor para todos en este momento. Nino... tienes que vigilar bien... yo no podré levantarme en unos días, cuando pueda hacerlo, tomaremos el tren y nos marcharemos al rancho.

Durante quince días, Nino se constituyó en guardián de Texas y Vera; rondaba los alrededores del hotel como un lobo de presa y si Zenker hubiese tenido la desgracia de arrimarse a él, allí hubiera terminado todas sus andanzas por el mundo.

Pero Zenker no apareció por los alrededores del hotel. O se hallaba bien oculto, o había huido asustado Dios sabía hacia dónde.

Quince días más tarde, Texas se levantaba y se encontraba lo suficientemente fuerte para emprender el viaje de regreso. Jim, que anhelaba encontrarse en el rancho al lado de Stella, a quien había hecho telegrafiar que estaba bien para no alarmarla, dispuso todo lo necesario para abandonar Elko, donde ya nada les quedaba por hacer.

Nino se procuró algún equipaje para los tres y sacó los billetes, y un atardecer, tomaron asiento en un vagón del expreso que hacía el recorrido hasta Reno. Nada de particular observaron hasta acomodarse en el tren y sin embargo, alguien a quien no hubiesen sido capaces de reconocer bajo su disfraz de minero sucio y

derrotado, había espiado su paso con una mirada de odio imposible de traducir.

El derrotado minero, cuando les vio acomodarse en el vagón ascendió a otro próximo y media hora más tarde, el convoy arrancaba lentamente para perderse en el paisaje bañado con haces rojizos del sol poniente.

Texas había hecho sacar una litera para la joven. Ésta se hallaba extenuada de las emociones y largas vigilias y necesitaba un buen descanso

Era media noche, el tren rodaba de un modo monótono ayudando a provocar el sueño, nada turbaba el relativo silencio del vagón, hasta que algo hiriente, un alarido agudo de mujer, vibró como un clarín de guerra, haciendo que no sólo Texas y Nino, sino los que viajaban en el departamento, se pusiesen en pie alarmados.

—¡Maldito sea Jalisco! —gruñó Nino—. ¿Qué ha sido eso?

—No sé bien—dijo un viajero— me ha parecido un grito de mujer.

Texas acometido de un súbito pánico, corrió a la litera de Vera y empujó la puerta que se hallaba cerrada. Llamó sin obtener respuesta y con toda su furia, cayó sobre ella astillándola.

Cuando penetró dentro, le pareció que algo saltaba por el abierto vano de la ventanilla. Corrió hacia allí tropezando con un cuerpo caído. El agua del río que en aquel momento era atravesado por el tren, chapoteó al recibir algo en sus negras ondas y Texas retrocedió buscando el caído cuerpo con que había tropezado.

—¡Luz, maldita sea mi alma! —rugió—. ¡Pronto!

Alguien corrió arrancando del pasillo el quinqué de petróleo empotrado en un soporte de la pared y regresó con él. A su luz rojiza, Texas descubrió en el suelo de la litera el cuerpo de Vera. Tenía el pecho ensangrentado de una herida de arma blanca recibida en él.

Texas maldijo rabiosamente ayudado por Nino y entre ambos sacaron fuera el cuerpo examinándole.

En el vagón, se había provocado la alarma. Los viajeros acudían de los departamentos cercanos asustados por el suceso. Del grupo, surgió un viejo simpático que acercándose a Vera dijo:

—Permítame. Soy médico.

El doctor practicó una cura improvisada en el vagón y cuando terminó, dijo:

—Podemos llegar a Carlín sin peligro. Allí debe quedarse unos días. Sería muy conveniente. ¿Se sabe cómo sucedió el crimen y quién lo cometió?

Texas apretó los dientes y dijo:

—Señor, me figuro de quién se trata, pero ya es tarde para hacer nada contra él. Algún día tendré ocasión de encontrarle en mi camino y hacerle pagar este y otros muchos crímenes que ha cometido. De momento, sólo importa la vida de esta infeliz.

—Pues si es por ella, no se preocupe. Le aseguro que vivirá para esperar el momento de la reparación.

—La cual se la prometo solemnemente—dijo Texas—y tomando con delicadeza el cuerpo de Vera, lo depositó sobre el asiento del vagón, en espera de llegar a Carlín donde debería ser mejor atendida.

El tren seguía rodando y Texas entregado a hondos pensamientos, se preguntaba cómo podría haber llegado Zenker hasta ellos y qué podría intentar para localizarle un día y hacerle pagar la larga lista de delitos que tenía sobre su sucia conciencia.

FIN



SU REVOLVER és un código de justicia fundido en plomo.
ANTE SU CABALLO galopa la muerte ahita de sangre.

Aún luchando en la sombra, su bravura irradia tanta luz, que los cobardes emboscados brotan de las tinieblas como vomitados de un infierno de fuego para caer abatidos por su revólver justiciero.

Leed el próximo número, que se titulará

LUCHANDO EN LA SOMBRA

donde **JIM TEXAS**, el Rayo del Oeste,
culmina en valor, audacia y sagacidad.